Arturo Morales Carrion

-1974-

5 MENSAJES DEL PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Dirigidos a las
Clases Graduandas

Puerto Rico Junior College
Recinto Universitario de Ciencias Médicas
Recinto Universitarjo de Mayaguez
Colegio Regional de Ponce
Recinto Universitario de Río Piedras

Arturo Morales Carrión

—1974—

5 MENSAJES DEL PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Dirigidos a las
Clases Graduandas

Puerto Rico Junior College
Recinto Universitario de Ciencias Médicas
Recinto Universitario de Mayaguez
Colegio Regional de Ponce
Recinto Universitario de Río Piedras

ADVERTENCIA

He expresado en estos cinco mensajes algunas ideas acerca de mi concepción de la Universidad dentro del marco de realidades de nuestra época. La invitación cordial de las autoridades de los diversos recintos y colegios me proporcionó la oportunidad de esbozar ante las clases graduandas de 1974 algunos juicios sobre los retos y riesgos con que se enfrenta la labor universitaria en Puerto Rico, así como sobre sus posibilidades y aspiraciones.

Vivimos tiempos polémicos, de intensas perplejidades y zozobras. A los universitarios nos compete, en esta edad de controversias expresar criterios firmes y racionales, que se ciñan a los usos de civilidad y respeto que deben distinguir al ámbito académico.

Ninguno de nosotros posee la verdad absoluta. Ninguno debe asumir posturas monolíticas. Nuestro pensamiento tiene un compromiso con la razón crítica, pero también con la deferencia que merece toda persona humana. Y tiene -- no lo olvidemos nunca -- un compromiso con la integridad intelectual. No es nuestro oficio tergiversar, distorsionar y zaherir. Debemos propagar luz y no cizaña.

Como Presidente de la Universidad de Puerto Rico, formulo en estos mensajes posiciones y tesis que no rehuyen el fuego de la crítica. De todos estos temas y de muchos otros seguiré hablando y escribiendo sin que me arredren los ataques de mala ley. Invito a la crítica justa y a la discrepancia honrada, pues la Universidad existe para el hervor de las ideas. Universidad silenciada es universidad muerta. Pero una universidad presa de sectarismos intolerantes e injuriosos es una universidad en trance de su propia destrucción. Y para nuestra Universidad no queremos ni suicidio ni muerte, sino vida fecunda para el pensamiento. En ese terreno siempre me encontrarán.

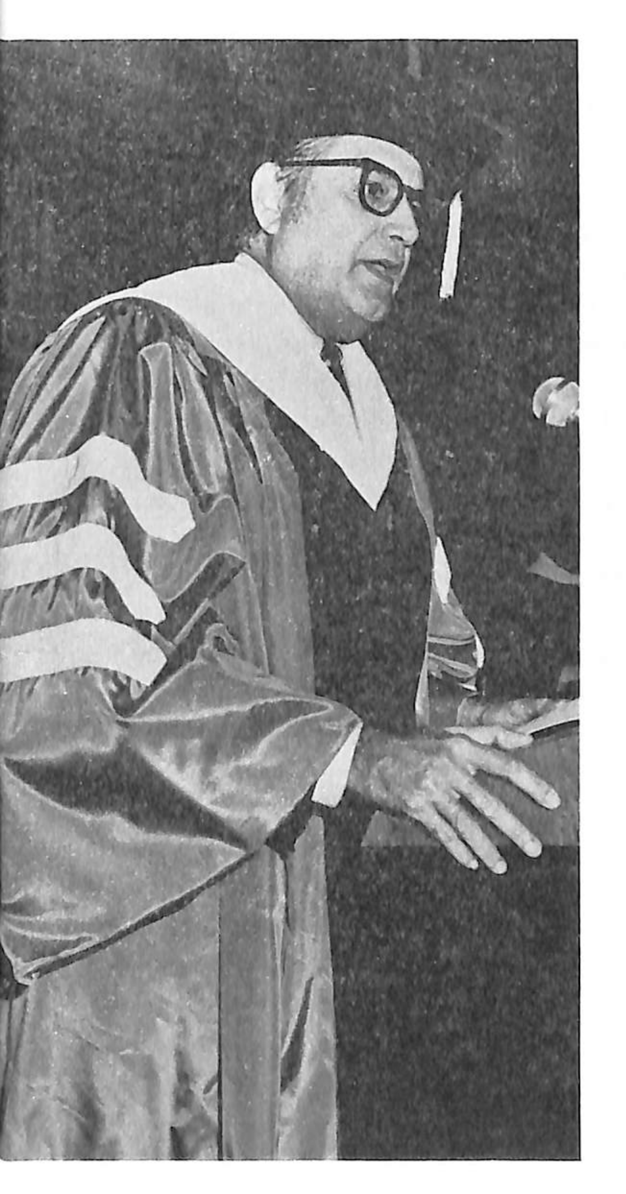
Arturo Morales Carrión

16 de julio de 1974



LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA DE PUERTO RICO

En los actos de Graduación del Puerto Rico Junior College celebrados el 23 de mayo de 1974



Señora Presidente, señores miembros de la Junta de Síndicos, compañeros claustrales, jóvenes graduandos, señoras y señores:

Me es muy grata la invitación que me permite dirigir a ustedes unas palabras en este día en que reconocemos un laborioso quehacer cumplido. He dicho: unas palabras, porque no deseo abusar de la paciencia e impaciencia de ustedes. De la paciencia, por un lado, de escucharme; de la impaciencia, por el otro, de obtener el reconocimiento de tantos esfuerzos.

Suelen venir los oradores de estos actos con un discurso atiborrado de citas, discurso que muchas veces olvida el ambiente de fiesta académica en que nos encontramos y pretende, en cambio, resumirnos una extensa tesis doctoral. Yo les traigo tan sólo un puñado de observaciones y reflexiones. Si logro dejar un par de ideas suspendidas en el aire, me daré por satisfecho, y acaso obtenga la gratitud de ustedes. "Este señor - se dirán - posee, por lo menos, la virtud de la brevedad."

Mi primera reflexión tiene que ver con el colegio privado de nivel universitario y su papel en Puerto Rico. Su desarrollo en la última década constituye uno de los hechos más relevantes en el horizonte universitario de la Isla. Ustedes, jóvenes graduandos, pertenecen a una legión de estudiantes de los colegios privados que en 1960 ascendían a sólo 7,600 y hoy, en 1974, sobrepasa de 30,000 y constituye un 42% de la matrícula total universitaria en Puerto Rico. Las instituciones privadas de enseñanza superior son hoy una realidad educativa dotada de gran dinamismo. Entre estas instituciones, se halla el Junior College, obra principalmente de los sortilegios mágicos de Doña Ana Méndez, cuya fé, si no mueve montañas, por lo menos prolifera colegios. El Junior College ya está dejando de ser "junior" y anda ahora con un hermano menor que lleva el sabroso y muy puertorriqueño nombre del Colegio Universitario del Turabo.

Estos colegios privados han venido a satisfacer una gran demanda educativa en Puerto Rico, a llenar un visible vacío. Han multiplicado los ofrecimientos académicos, experimentando con las carreras cortas, con los grados asociados, que proveen las destrezas medias que hoy exige en grado creciente una sociedad en rápido cambio industrial. Así veo que hay aquí graduandos de ciencias comerciales y secretariales, de bibliotecología, enfermería y ciencias de la salud, así como alumnos que han conpletado estudios policiacos o de bienestar social, programas todos que ayudan al desarrollo social y económico de la Isla y facilitan a los egresados un rápido acceso al mercado de empleos.

Por otro lado, están los que ahora marchan hacia los estudios profesionales y avanzados, los que ascienden por la ruta de los altos estudios. Ellos van ahora a engrosar las filas universitarias de la universidad más tradicional y erudita que forma al estudiante de mayor preparación profesional y técnica.

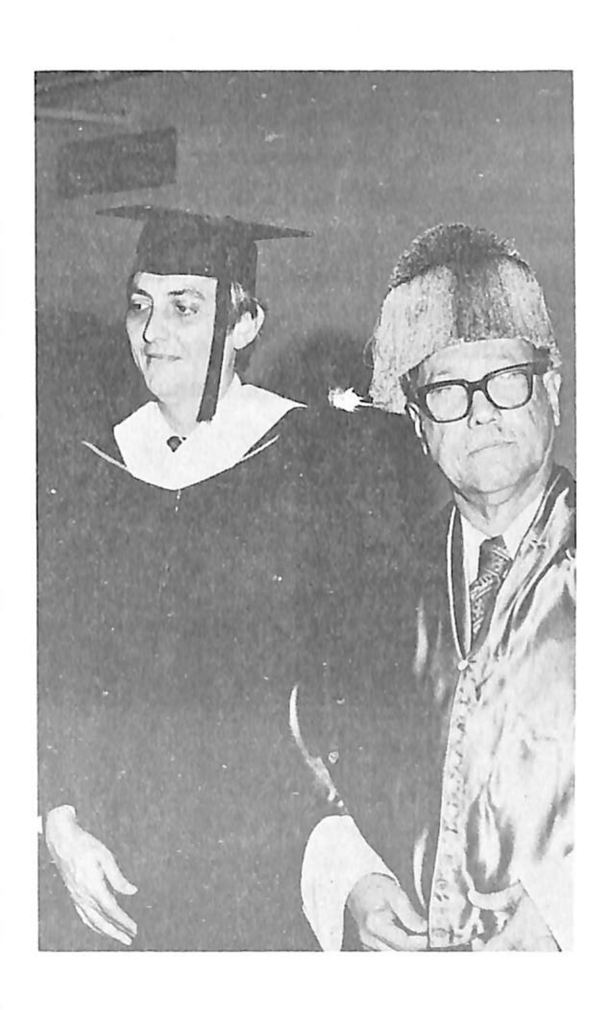
Nuestra comunidad universitaria en Puerto Rico tiene, pues, hoy día una gran diversidad. Cuantitativamente ha crecido en forma extraordinaria. Cuenta con dos grandes sectores: el de la universidad del Estado y el de las universidades y colegios privados, que ca-



si ya se le equiparan en matrícula. Y ha proliferado los ofrecimientos con sus tres planos de rendimiento docente: las carreras cortas, las carreras de bachillerato y los estudios profesionales y graduados.

Junto a estas direcciones, aparecen direcciones nuevas: los cursos de Extensión, la Educación Continua, la educación abierta a todos.

La estructura de la universidad clásica se ha quebrado. Estamos en otros tiempos y otros modos, mientras nos presiona un alud estudiantil y nos limitan y angustian los problemas del bolsillo. En la tremenda expansión de la última década hemos tenido que improvisar ideas, programas y maestros. Hemos flotado en medio de la gran inundación estudiantil sin tener muy clara conciencia de qué cauce y dirección debe llevar este río. Hemos creado, frente a la marejada, un archipiélago de instituciones, pero no una comunidad de instituciones.



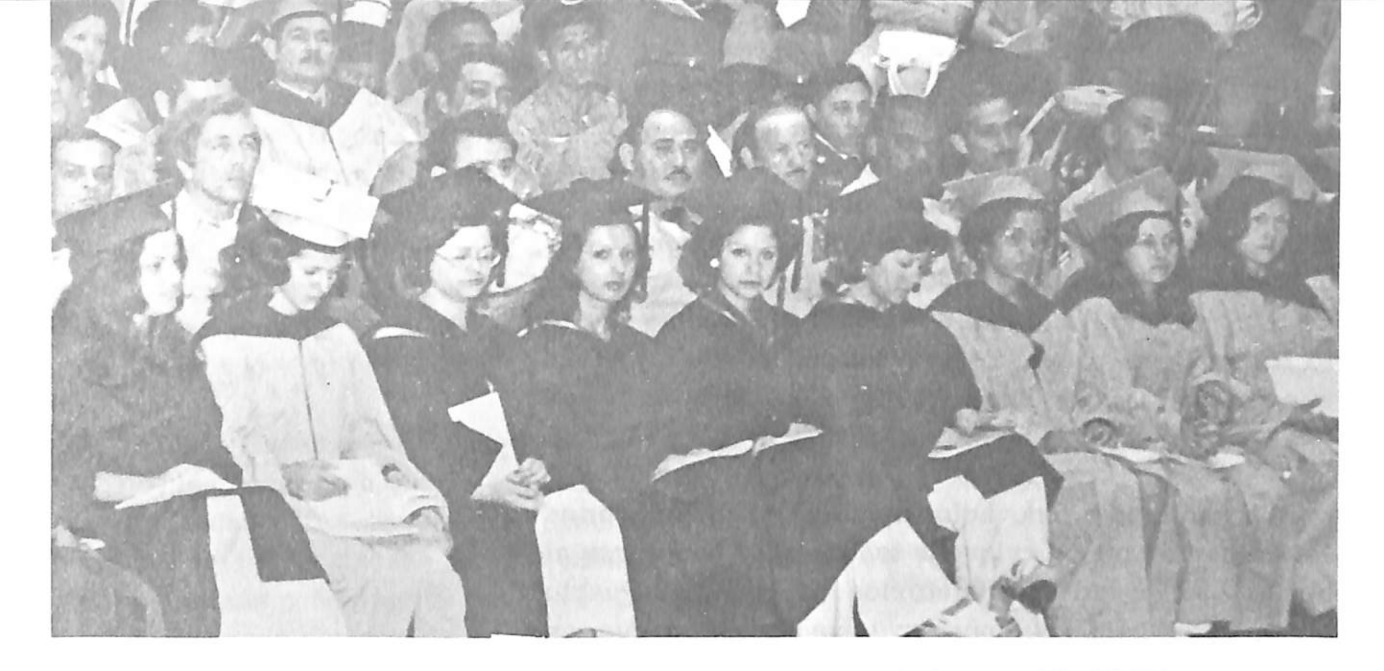
Ya es tiempo de que comencemos todos juntos a cotejar experiencias, definir problemas, planificar rumbos más seguros. Ya es tiempo de que pensemos en la comunidad universitaria como un hecho social y educativo en Puerto Rico que tiene su propia configuración y debe conocerse y reconocerse como tal. Ya es tiempo de que nos propongamos definir en qué consiste en esta época de rápido cambio social, en esta situación de crisis fiscal, cultural y psicológica, la verdadera tarea universitaria y la responsabilidad de administradores, profesores y estudiantes.

Es un tema con mucha tela que cortar, pero yo me voy a ceñir a dos o tres preocupaciones centrales. Está de moda afirmar que la educación en general -- y con ella la post-secundaria -- es deficiente y anticuada. Está de moda insistir en que hay que realizar innovaciones profundas. Está de moda pensar hasta en la conveniencia de desmantelar el aparato educativo por costoso, represivo e inútil, y dar a cada estudiante una cantidad para que estudie lo que quiera y se busque su tutor preferido. De ese modo, se acabaría -- según se alega -- con el reino de la mediocridad que prevalece en la universidad moderna.

Con buena parte de estas críticas que se dan en Puerto Rico como eco de las que se formulan en otras partes, estamos de acuerdo. Si estamos inconformes con la Universidad actual, no menos inconformes estamos con el medio circundante. Queremos preparar a estos jóvenes no sólo para que ganen destrezas y adquieran conocimientos que les aseguren empleo remunerado, sino para que lleven firme la voluntad de transformar el contorno colectivo y hacerlo más productivo en lo económico y más justo en la distribución del ingreso social; más humano en el trato diario de los hombres; más profundo en la experiencia individual; más rico en las posibilidades creadoras.

La cuestión es cómo vamos a lograr un cambio en la dirección y en el tono de la vida. ¿Puede hacer esto la educación desmantelando su sistema? ¿Puede hacer esto la educación convirtiéndose en portavoz de un mesianismo utópico reñido con la manera de ser puertorriqueña? ¿En qué consiste, en verdad, innovar? ¿Supone necesariamente practicar una tábula rasa de valores, un barrer con toda clase de experiencia acumulada?





Permítanme que, llegado este momento, sofrene mi impaciencia de cambio con una dósis saludable de escepticismo y que haga unos señalamientos a ustedes, mis jóvenes amigos. Es más fácil el cambio externo que el cambio interno, el cambio en el interior del hombre; es más fácil destruir que construir; es más fácil negar y rechazar que afirmar, honrar y ennoblecer. Es más fácil ventear la emoción que usar con rigor el pensamiento. Es más fácil convertir la palabra en lema de autómatas o en arma de escarnio, que en expresión de la inteligencia profunda y creadora.

Cuando acusemos al mundo de mediocre, tengamos buen cuidado de vernos primero la cara en el espejo.

No habitamos un mundo de genios. El genio es avaro y nos visita muy de vez en cuando. Las instituciones --y entre ellas, las educativas-- las hacen, las más de las veces, gentes dedicadas y laboriosas, que buscaron, no clavar una pica en Flandes, sino hacer algo útil y concreto y siempre mejorable en Puerto Rico.

El que quiera de ustedes ver más lejos que se aupe sobre las espaldas del que le antecedió, pero que respete la base que le sustenta. La verdadera innovación supone un trascender la experiencia acumulada, pero partiendo de ella como realidad vital, actuando sobre ella y no de espaldas a ella. Bien está mirar a las estrellas, pero sintamos primero la tierra --nuestra tierra-- firme bajo los pies.

Hay que actuar sobre la realidad puertorriqueña con un conocimiento a fondo de lo que es esa realidad. Puerto Rico no es Kansas, ni Tejas, ni Massachusetts, pero no es tampoco ni China, ni Checoeslovaquia, ni Cuba. Tiene como conglomerado social su contorno y su dintorno. Tiene su especial intríngulis, su manera de ser. Hay muchas cosas de esa realidad que es Puerto Rico que nos pueden revelar las encuestas; hay otras que nos da la experiencia intuitiva de generaciones pasadas.

Los cambios e innovaciones que deseemos hacer en la educación puertorriqueña tendrán que acoplarse al hecho social, cultural, histórico que se llama Puerto Rico. Es un hecho que nos envuelve y arropa y que, en última instancia, nos define. Por eso creo que nuestras universidades deben interesarse en estudiar a fondo las realidades del país. Pero estudiar esas realidades no para hacer retórica revolucionaria, ni embarrar paredes, ni confirmar prejuicios conceptuales, sino para construir con las manos y la inteligencia en tarea paciente una sociedad más justa y productiva.

No es sólo manos a la obra lo que necesitamos, sino inteligencia a la obra. Hay que emancipar la inteligencia de las viejas retóricas educativas. De acuerdo. Pero hay también que protegerla del intento de que caiga en la camisa de fuerza de nuevos sectarismos, más expertos en la algarabía callejera que en el uso eficaz de la razón crítica.

Ustedes, estudiantes de colegios de una sociedad democrática, deben tener siempre el derecho a todas las preguntas, pero deben también tener opción a todas las respuestas. En una sociedad abierta y pluralista como la nuestra, la universidad, sea pública o privada, no debe estar al servicio de camarillas ideológicas, empeñadas en proveer al estudiante de una sola concepción del mundo y de la vida.

A los de ustedes que se dirigen ahora al mundo del trabajo, les conmino a que no pierdan de vista los deberes trascendentes con nuestro pueblo. Puerto Rico necesita de las destrezas que ustedes han adquirido aquí, pero más necesita que haya prendido en ustedes, durante su paso por esta institución, la inquietud por el bien público, por el bien común, por el bien de todos. Ocúpense donde se ocupen, hay que ocuparse también de Puerto Rico, que no puede caer en manos de los mafiosos y arribistas, de la opulencia manipuladora, de los pilletes sueltos -mientras está la gente de bien encerrada-, de los embarradores de paredes y calles y los embarradores de conciencias.

A los de ustedes que sigan camino a los estudios superiores, les concito a que escudriñen todas las ideas y posiciones, a que pidan del profesor que no sea siervo de consignas ni les pretenda imponer dogmatismos exclusivistas. Les invito a que usen con fiera libertad la inteligencia, que se desmedra y desvanece cuando es prisionera de la mera pasión dialéctica y anda en compañía de la mentira encubridora. Busquen sobre todo su expresión dentro de ustedes mismos. En el interior del hombre habita la verdad, nos dijo la sabiduría latina.

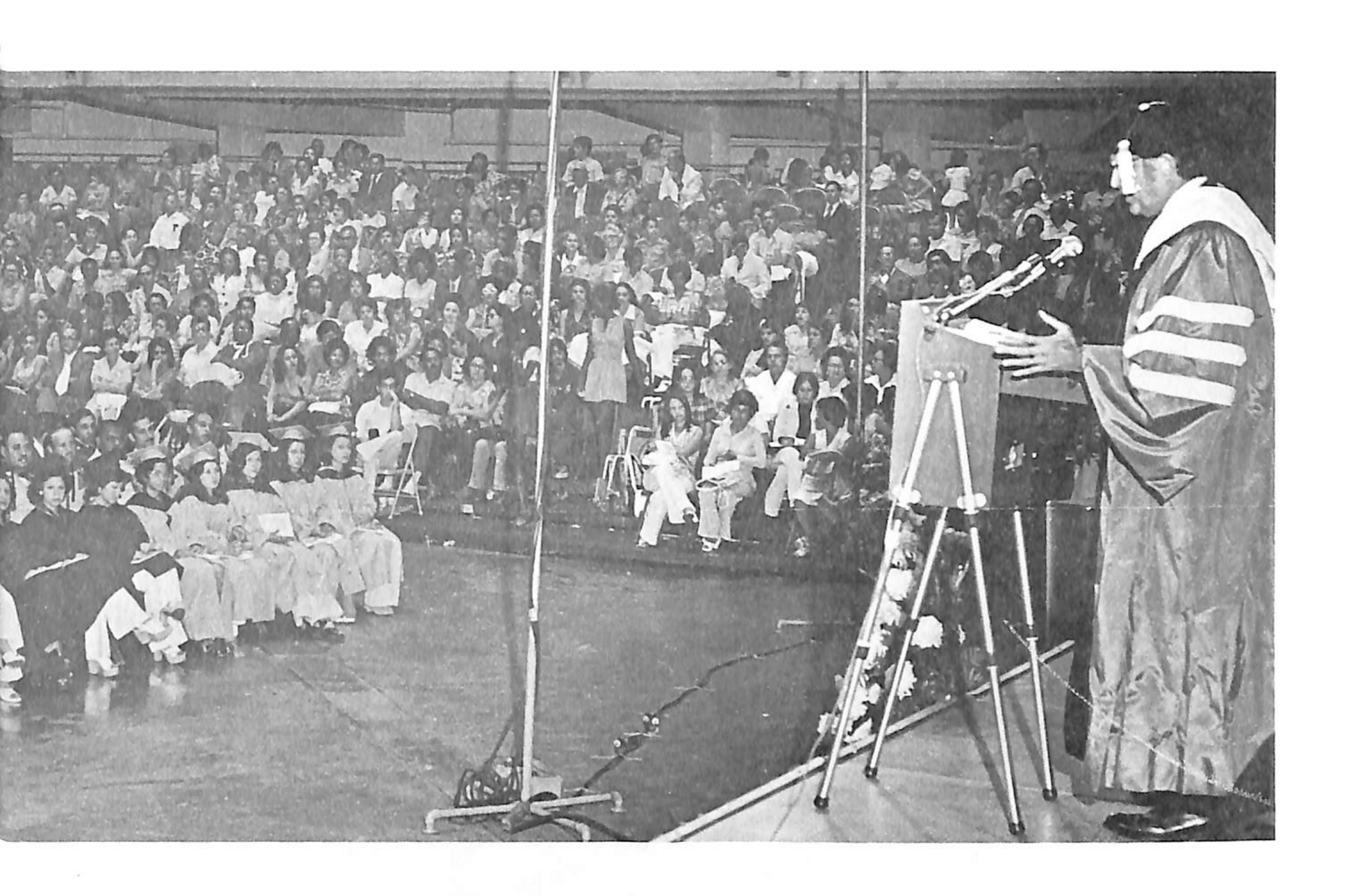
Una sola cita tendrá este discurso. Es de aquel gran Don Miguel de Unamuno. Procede de un ensayo -"! Adentro!"- que leí en mi juventud y que en mí dejó profunda huella.

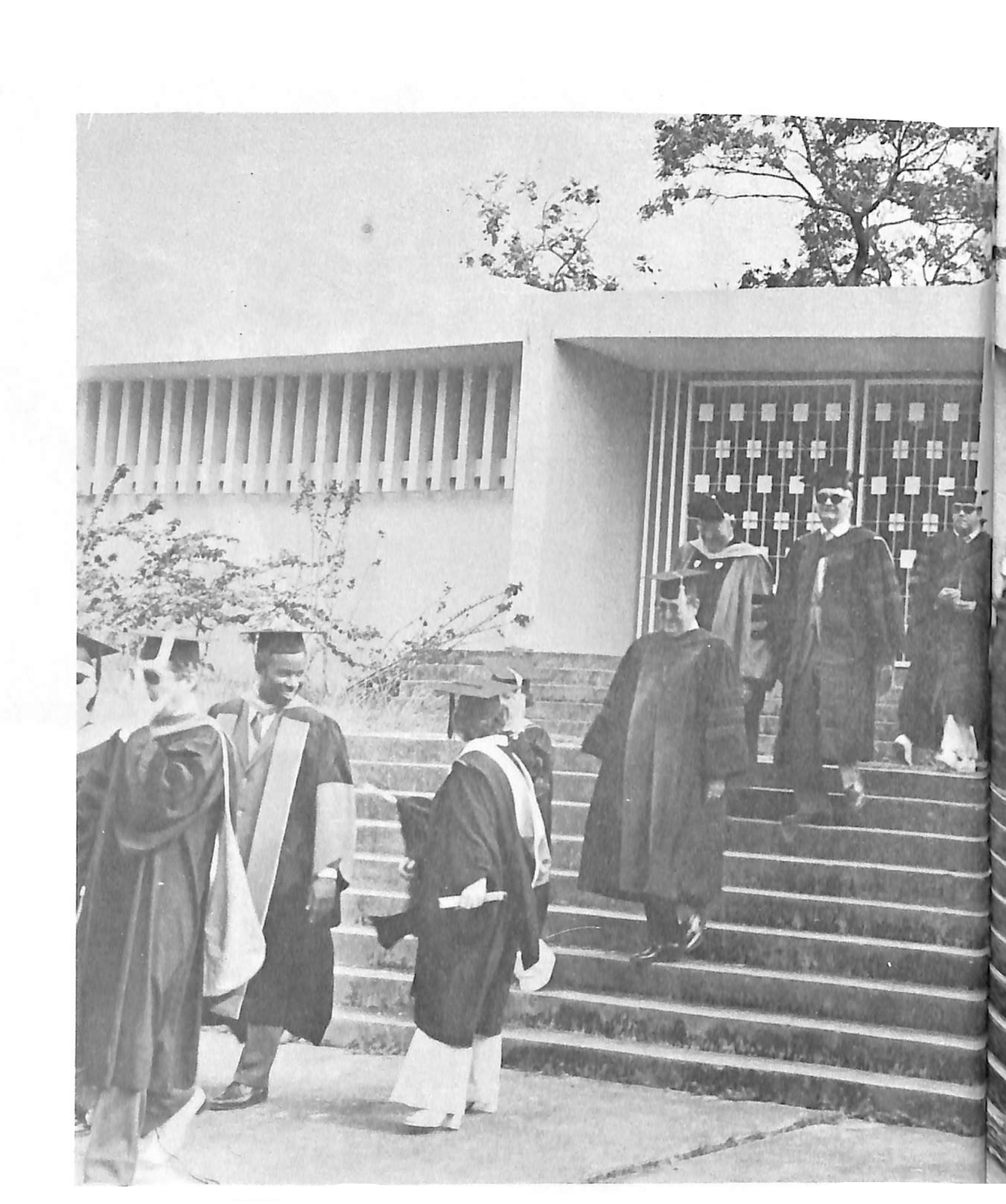
"No te metas - afirmó Don Miguel - entre los que en la arena del combate luchan disparándose, a guisa de proyectiles, afirmaciones redondas de lo parcial. Frente a su dogmatismo exclusivista, afírmalo todo, aunque te digan que es una manera de todo negarlo, porque aunque así fuera, sería la única negación fecunda, la que, destruyendo, crea, y creando, destruye. Déjalos con lo que llaman sus ideas, cuando en realidad son ellos de las ideas que llaman suyas. Tú mismo eres idea viva: no te sacrifiques a las muertas, a las que se aprenden en papeles. Y muertas son todas las enterradas en el sarcófago de las fórmulas. Las que tengas, ténlas como los huesos, dentro y cubiertas y veladas por tu carne espiritual, sirviendo de palanca a los músculos de tu pensamiento, y no fuera y al descubierto y aprisionándote como las tienen las almas - cangrejos de los dogmáticos, abroqueladas contra la realidad que no cabe en dogmas. . .

"No te creas más, ni menos, ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único e insustituible; en serlo a conciencia pon tu principal empeño."

Con las palabras del gran maestro de Salamanca vibrando en el aire, quiero ahora dejarlos. El tiempo apremia; la fiesta académica, como todas las cosas en la vida, debe llegar a su fin. Si algo ha habido de solemne en mi mensaje, reservémoslo para una hora callada de meditación y demos paso ahora a la natural alegría de la fiesta. Gracias mil a todos ustedes.







LA UNIVERSIDAD: VOCACION DE SERVICIO



En la Colación de Grados del Recinto Universitario de Ciencias Médicas, celebrada el día 31 de mayo de 1974.

Vengo a sumarme al gozo de 630 nuevos profesionales que hoy se incorporan a las filas de graduados que el Recinto de Ciencias Médicas ha dado al país en cerca de tres quinquenios de labor productiva. Es ésta la clase más nutrida y la que ofrece la mayor diversificación de profesionales y técnicos. Junto a los que recibirán su docturado en medicina y odontología, están los que han de recibir su grado en campos tan diversos como la demografía y otras disciplinas de salud pública, la enfermería, la terapia ocupacional, la patología del habla, la terapia física y la higiene y la tecnología dental.

Crear este Recinto para que dé estos frutos no ha sido labor de un día, sino esfuerzo de muchos, y en años recientes de la dirección de un médico distinguido y dedicado, de un puertorriqueño de grandes meritos intelectuales y profesionales, del Dr. Adán Nigaglioni quien se caracteriza por su tolerancia y calor humano.

Otorgaremos hoy a ustedes una variedad de grados. Múltiples son hoy las ciencias que se asocian en una u otra forma a la medicina. Muy distintas son las especialidades aquí representadas. Pero todas coinciden en una meta esencial, en una finalidad única: atender a la salud del pueblo, tanto en su fase preventiva como curativa, tanto en su fase clínica, como en su fase individual o pública, o en el aspecto más recatado del estudio y la investigación.

Forman, pues, ustedes, una legión que saldrá a dar batalla, en frentes diversos y por distintos caminos, a los viejos enemigos del hombre en esta tierra: la enfermedad y la muerte prematura. Saldrá a dar vigencia al derecho a la salud, que es hoy derecho imprescriptible no ya en los códigos sino en la constitución cívica y en la conciencia moral de toda sociedad civilizada.

Este Recinto los ha preparado, en momentos difíciles para la vida universitaria. Las naves académicas han surcado este año por mares tormentosos. La de ustedes es la primera que se acerca a buen puerto a descargar su honrosa carga. No ha sido fácil para los timoneles mantener las naves en camino, sin que se detenga el curso y se pierda la ruta. No ha sido fácil dominar las que querían el motín abordo con peligro de hundir la nave. Pero a través de tanta peripecia, al fin hemos llegado, y ya podemos gritar "¡Tierra a la vista!"

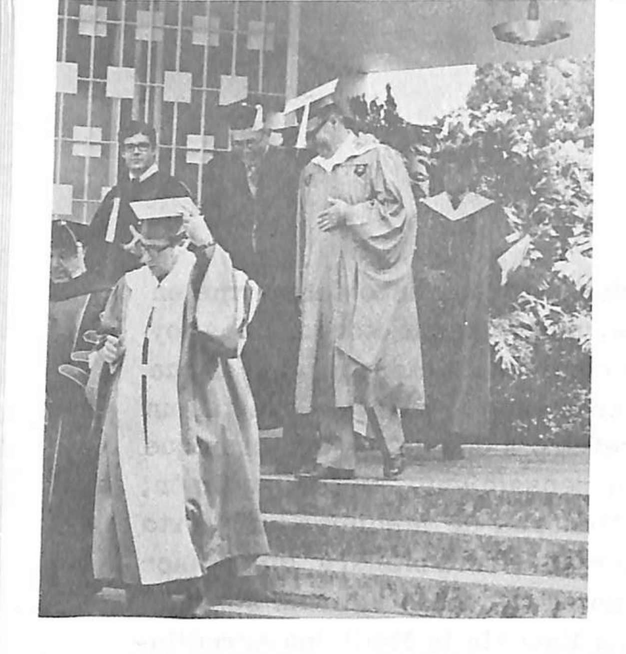
Y para esto existen las universidades y para esto somos universitarios: para adiestrar la mente y forjar el carácter, para mantener con la continuidad del esfuerzo en el aula y en el laboratorio, la llama viva del saber; para usar la inteligencia crítica en la forma racional, que es propia del medio académico, que no vive para la mera vocinglería, sino para adentrarse con la mayor responsabilidad intelectual en las ciencias del hombre, de la naturaleza y de la vida. Para eso existimos como institución y para eso somos universitarios.



Al saludarlos a todos ustedes, debo detenerme en un saludo especial. Hay un grado que otorgaremos hoy no a un peregrino que comienza la marcha, sino al que ha caminado ya un largo trecho y lleva a cuestas un honroso bagage: me refiero a uno de los hombres que ayudó a crear con su pensamiento, su fe y su tesón, la primera Escuela Moderna de Medicina en Puerto Rico. Hablo del doctor O. Costa Mandry, quien hace exactamente 30 años en su histórico Informe sobre el Establecimiento de una Escuela de Medicina Acreditada en la Universidad de Puerto Rico, señaló la gran necesidad de médicos en Puerto Rico, cuando el 25 por ciento de los pueblos no contaban con ninguno y sólo tenía la Isla un médico por cada 5,000 habitantes, mientras que hoy hay uno por cada 800, y aún nos parecen muy insuficientes. No fueron sólo cifras las que el doctor Costa Mandry aportó, sino su percepción de la necesidad social, su visión ponderada de lo que había que hacer, y esas otras cualidades que no se aprenden en ningún libro: su sensatez y buen juicio.

Presento al Dr. Costa Mandry como paradigma de su profesión y ejemplo de buen servidor público. Modesto, recatado, no le basta con tender la mirada hacia el futuro y darnos el esquema de lo que había de ser la futura Escuela de Medicina sino que en años recientes nos obsequia con sus Apuntes para la Historia de la Medicina en Puerto Rico, uniéndose así a esa extraordinaria pléyade de médicos en nuestro país, que cultivaron junto a la pasión científica el estudio de la historia patria, como elemento indispensable de su autoconciencia colectiva.

Este "obrero de la ciencia investigadora" --como lo llamó el Secretario de Salud Colón Yordán-- entre sus estudios sobre salud pública o patología, sus labores editoriales del Boletín de la Asociación Médica, sus numerosos y bien razonados informes, recoge datos y apuntes para el estudio histórico de las ciencias de la salud en la Isla.





De estos datos que aporta Costa Mandry, así como de las obras valiosas de otros médicos historiadores como Manuel Quevedo Báez, Manuel Guzmán Rodríguez, Salvador Arana Soto, Francisco Veray y tantos otros del ayer y del hoy, se configura una tradición respetable y hermosa, a las que ustedes, jóvenes graduandos, toca renovar. En varios de los momentos estelares de la historia puertorriqueña, encontramos en las obras de creación, sean éstas conceptuales o institucionales, la figura de un médico o de un hombre de ciencia.

Tentado estaría, puesto que es la historia mi vocación más honda, de destacar ante usted la gran aportación de los hombres de ciencia a la conciencia puertorriqueña. No es éste el momento propio para hacerlo; sólo me limitaré a algunas otras consideraciones mínimas.

Si hay alguna tradición que ha estado al servicio del país es la de los profesionales en las distintas disciplinas de la ciencia y la salud. Si hay alguna tradición que se ha ocupado de los problemas sociales y económicos, de la creación de una conciencia política, de la afirmación de unos valores culturales, esa es la tradición que ustedes representan. Si hay alguna tradición de hombres inquietos que no usaron su profesión para engordar el bolsillo, sino para cuidar un pueblo y darle sentido de destino, esa es la tradición a la que ahora ustedes sirven.

Les aguarda en el camino, jóvenes amigos, una grave tentación, sobre todo a los médicos: la del enriquecimiento fácil por la alta cotización de sus servicios. Decía una vez el sutil humorista G. K. Chesterton, "Nothing fails like success"--(nada fracasa como el éxito). Y el éxito apresurado de orden material puede enterrar en ustedes la vocación de servicio o anular la disposición investigativa. No fracasen en la abundancia. No midan su rendimiento en términos de columnas que se abultan en las chequeras, sino de servicios útiles al país o mídanlo en ese brillo en el ojo del enfermo cuando ve que se le trata no como a cosa sino como a hombre. Bajo toda la ingente ciencia acumulada, está siempre de cuerpo entero, el hombre que piensa, sufre y sueña.

Como profano, no me compete entrar en la controversia, ahora candente, entre especialistas y generalistas. Pero hay algunas observaciones que deseo ofrecer aquí porque tocan de cerca las preocupaciones de muchos de nosotros.

Todos sabemos que la ciencia moderna marchando por miles de vericuetos, ha llegado a una extraordinaria especialización. Si por un lado urde audaces concepciones que forman si no una nueva metafísica, por lo menos una neo-física, por el otro ocasiona una profunda y arrolladora revolución tecnológica. El hombre desde la bioesfera penetra en todas las esferas. Se adueña del pasado del universo y se apresta a predecir y conformar el futuro. Hace geología, paleontología y futurología. No hay nada que se resista al avance de su afilada curiosidad: ni los lejanos planetas ni el fondo del mar ni la microvida ni la macrovida.

Ejércitos de especialistas organizan la ciencia moderna que hoy día sólo puede dar óptimos frutos cuando cuenta con la diversidad de destrezas y técnicos que ustedes representan. Y mientras más se acentúa la especialización más se acentúa la necesidad del trabajo en equipo. Si la especialidad aisla y distingue, la aplicación social de la especialidad, congrega. Cada una de las disciplinas se interna en su "hinterland"; cada una de ellas sale de su exploración para encontrarse y apoyarse en otras. La ciencia nos divide y la ciencia nos junta.

Este juntarse, jóvenes amigos, no es sólo un juntarse de disciplinas sino un juntarse de seres humanos, que no son meras notas y ecuaciones en un laboratorio o cifras en una computadora. Este juntarse plantea problemas de convivencia que a veces se tratan en formas y maneras muy reñidas con ese frío calor de la ciencia. Este juntarse a veces es más pasión que razón: más emoción hirviente que discurrir paciente. A la postre, en el diario trajín de la vida, resultan más débiles y desvalidas las ciencias del entendimiento y del comportamiento humano que las ciencias de la naturaleza.

Jóvenes amigos, salen ustedes ahora a un mundo en que todo se cuestiona inclusive el valor de la ciencia y en particular el de las ciencias médicas. Hay libros que con toda seriedad nos afirman que durante los últimos quince años, la medicina profesional se ha convertido en una gran amenaza a la salud. Hay libros que nos piden que terminemos con el mito de la ciencia. Hay filosofías de franco rechazo a todo lo que laboriosamente, con sus grandes imperfecciones, ha constituido nuestra civilización. Se multiplican las ideologías iconoclastas. Proliferan las recetas mesiánicas.

Este hervor, como es natural, gana a los jóvenes, quienes comienzan a asomarse al mundo laberíntico de los adultos y creen que ellos, los jóvenes, van a cambiarlo todo sólo porque traen juventud y energía. Nosotros, los que peinamos canas, sabemos que se trata de una vieja y respetable ilusión; que todo cambio profundo y verdadero es obra de tesón, experiencia y paciencia; que para transformar y rehacer no basta con el impulso; hay también que tener buen pulso y que no es con las arengas de la acusación y el lamento, sino con la acción eficaz y responsable del pensamiento.

Quien bien te quiera, te hará pensar. Si existen quienes cantan loas a la juventud y le prometen el milenio y buscan en ella cierto regodeo de popularidad, hay quienes por quererla con lealtad prefieren hablarle con sinceridad respetuosa. Educar no es un certamen de popularidad ni estamos para cosechar aplausos sino para formar conciencias.

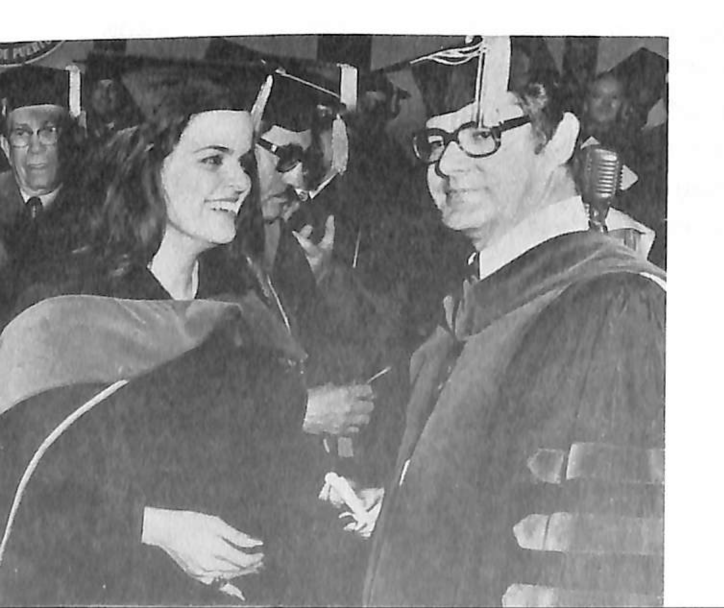
El reino de la efebocracia es un reino efímero. El divino tesoro de la juventud es un tesoro fugaz. La juventud es un momento contradictorio y glorioso, pero un momento tan sólo en la plasmación de la personalidad. La ciencia, la ciencia de la salud precisamente, ha alargado la ruta del hombre y ha ensanchado el arco de su potencialidad vital. Ha hecho posible, en mayor escala que nunca, el cruce y entrecruce de generaciones. Ha brindado más oportunidad para el trabajo creador y el servicio fecundo a la sociedad.

Todo lo podemos inventar, salvo la experiencia que, como el pan, se gana día a día. Y la vida es acumulación de experiencias dispares, que entre tropezones y caídas, nos va formando el carácter. En las sociedades armoniosas, el ímpetu de la juventud busca la voz de la experiencia, como la voz de la experiencia busca el calor vital de la juventud. Juntos pueden hacer el cambio profundo; aislados, el esfuerzo se queda manco. Por eso, la más trágica brecha en nuestro tiempo es acaso la brecha generacional. Nuestro mundo es un mundo demasiado imperfecto para que lo hagamos demasiado inconexo. Por los grandes avances de la ciencia médica, hay ahora más generaciones coetáneas, con diversos valores y sensibilidades. Hay que zanjar las querellas psicológicas entre unas y otras, y buscar unos marcos de comprensión.

Es porque en grado creciente existe esta situación en nuestra isla, como reflejo de una situación mundial, que yo he querido tocar hoy el tema. A todos deben preocuparnos las observaciones recientes del Secretario de Salud acerca de la incidencia de casos de salud mental, ejemplo de los graves desajustes en que vivimos. Y si estos casos los proyectamos en el ambiente de alteración emocional, de comportamientos agresivos y antisociales, en los que se pierde toda noción de civilidad y convivencia, veremos cuán urgente resulta buscar unas bases psicológicas para una positiva acción conjunta que aune generaciones en el ataque a los factores de desintegración social.

Porque están ustedes frente a una paradoja: mientras más libren noblemente la guerra en defensa de la salud y alarguen el proceso de la vida, más discordia puede surgir con la destemplanza entre las generaciones. Con lo que han de ver, que hay que cultivar también el arte del comportamiento humano, y que sin una ética de la convivencia, sin una vocación de concordia, sin un respeto a la experiencia y a los valores propios de cada generación, no podrán construir el mundo del mañana en que sueñan.

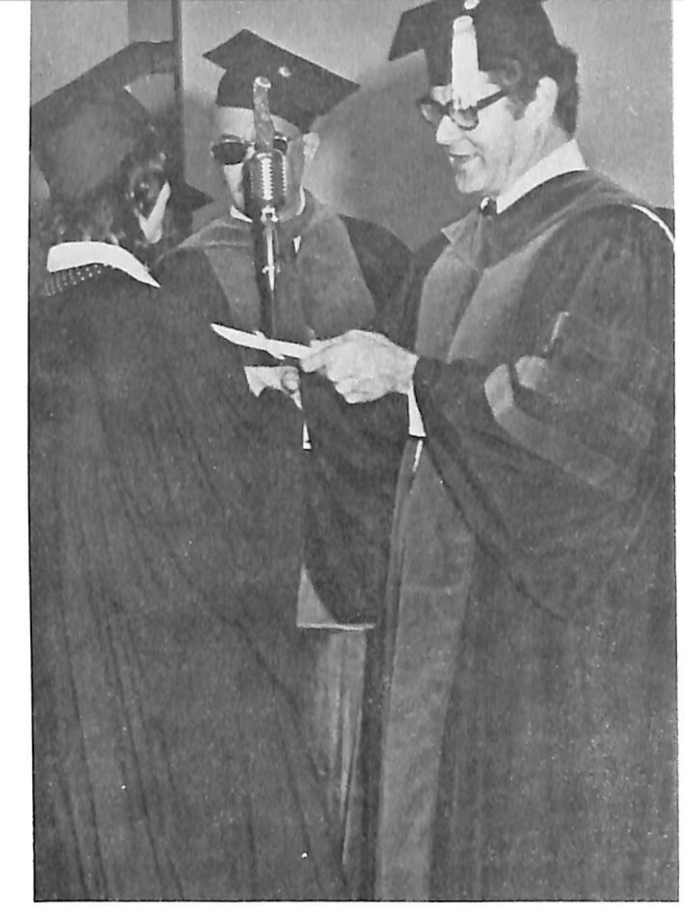
Jóvenes amigos, hay una realidad incontrovertible: no puede haber sólo un mundo de jóvenes. Lo que quieran hacer en la vida con la noble ciencia que hoy poseen lo tendrán que hacer con otras generaciones, las que les han precedido, las que les han de suceder. Y cuando comiencen ustedes, como espero, a realizarse plenamente, a dar a nuestra tierra el fruto del esfuerzo, a mejorarla y recrearla en su morada física y espiritual, ya la juventud, como dama esquiva y voluble, o como un Don Juan impenitente, los habrá abandonado. Y entonces estará con ustedes la ciencia, como amiga fiel, como sostén del esfuerzo, como promesa siempre de ilimitados horizontes.

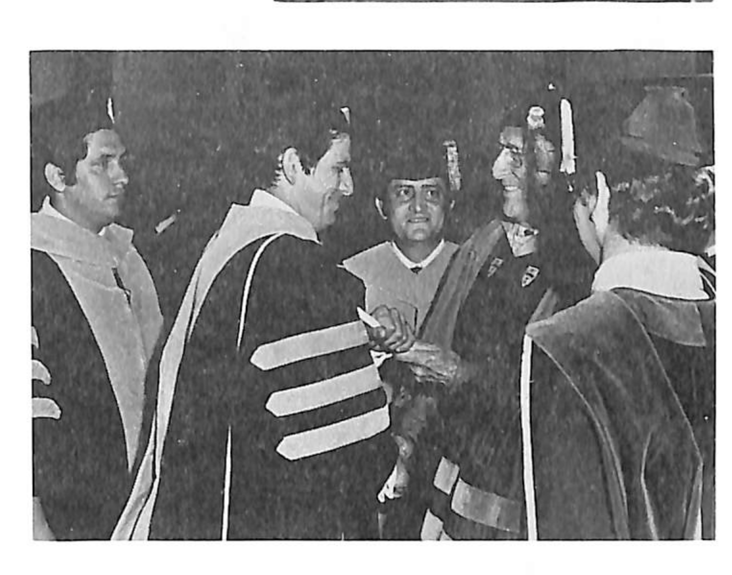


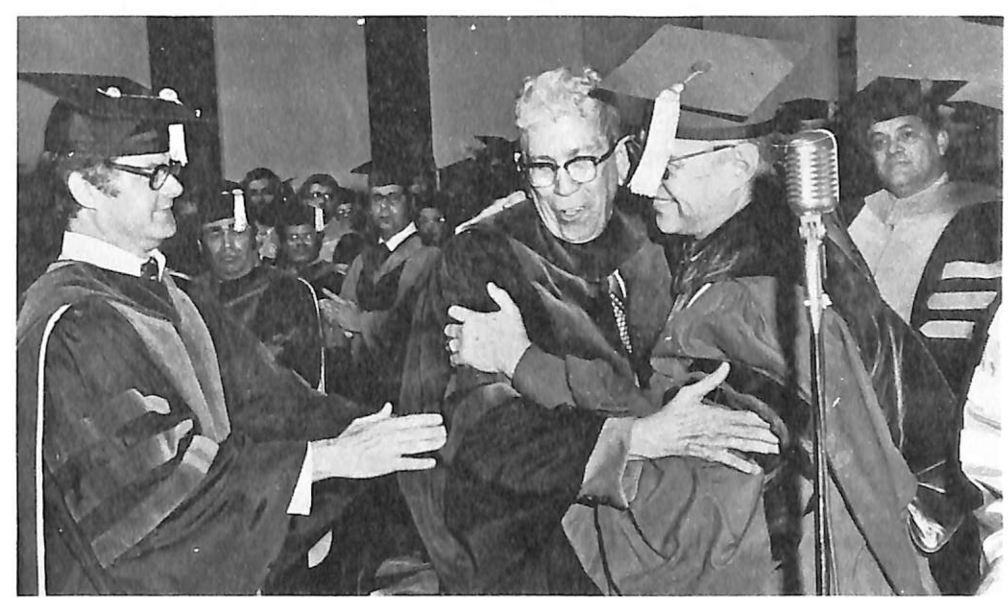




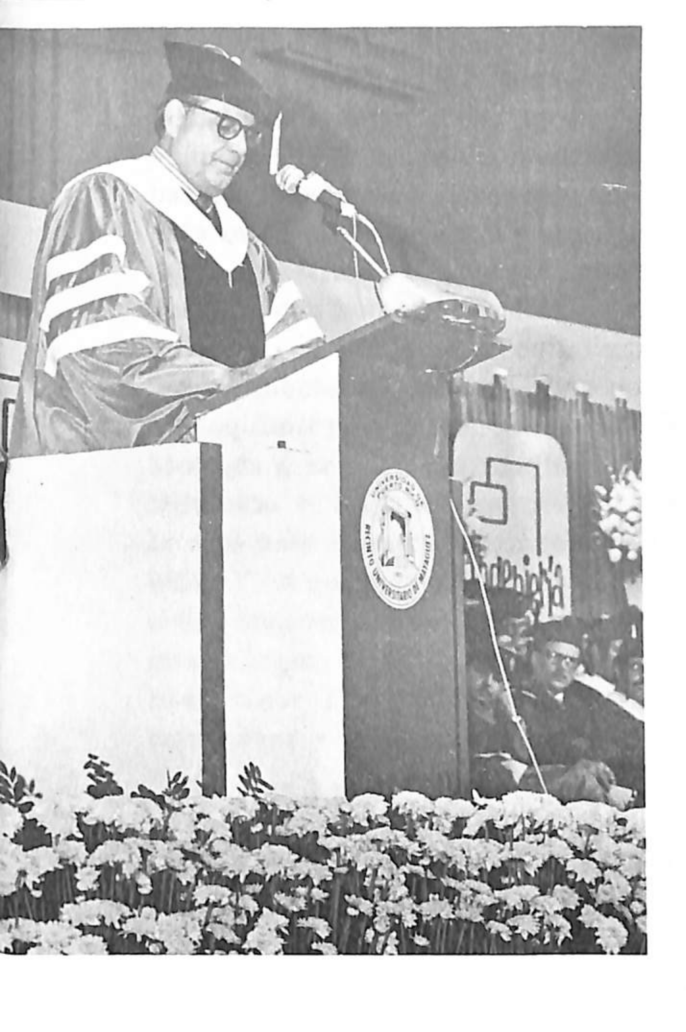












HUMANISMO Y TECNOLOGIA

En la Colación de Grados del Recinto Universitario de Mayaguez, celebrada el 1 de junio de 1974

Una cordial invitación del Rector Rafael Pietri Oms y sus colaboradores me trae hoy ante ustedes con el encargo de decir en este feliz día algunas palabras que sirvan para entendernos mejor y nos ayuden a pensar juntos en la misión del Recinto Universitario de Mayagüez y su destino.

Pocos meses llevo en la Presidencia. Han sido ellos de exigencias continuas e intenso ajetreo, de cuestiones erizadas de perplejidades. En algunos momentos y en algunos sitios, he sentido como si estuviera a punto de naufragar la idea misma de la Universidad. ¡Tantas me han parecido las fuerzas contradictorias u hostiles que la amenazan! ¡Tantas las tergiversaciones y confusiones lanzadas al aire en nuestro ambiente de país democrático! ¡Tantas las pasiones desatadas! Y, sin embargo, las ocasiones en que he visitado el Recinto Universitario de Mayagüez han sido reconfor-

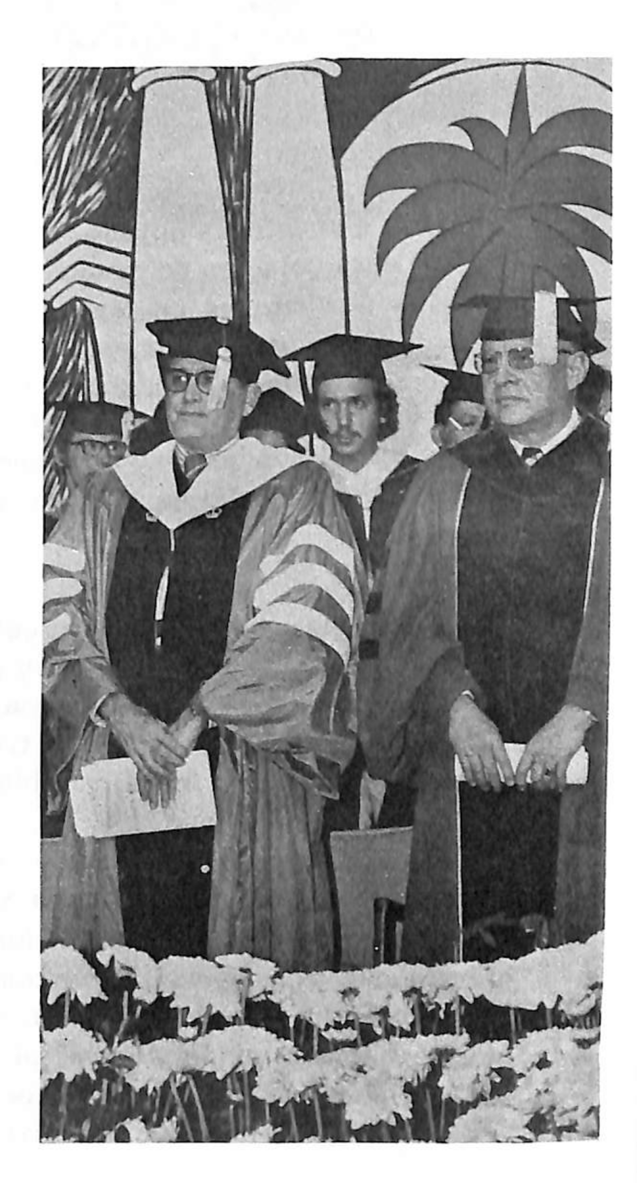
tantes para mi espíritu. No está libre, desde luego, este Recinto de sus problemas y querellas, y no hay medio académico donde no existan; pero hay en él algo indefinible e impalpable: un clima, un ambiente, una actitud, en los que reconozco y siento la Universidad auténtica. Yo sé que cuando todo parezca peligrar en nuestro sistema universitario, aquí en Mayagüez hay fervor, devoción y disciplina para salvar la Universidad y reconstruirla cuantas veces fuere menester. Y por ello, como universitario, les estoy profundamente agradecido y estoy seguro de que el pueblo de Puerto Rico, que ha amado y respetado siempre sus instituciones de educación superior, comparte asimismo mi agradecimiento.

"¿En qué consiste este clima y esta atmósfera?", me pregunto. Hay datos externos que podrían ofrecer útiles parámetros. No ha crecido desmesuradamente este Recinto; su ritmo ha sido acompasado. Tiene de 9,000 a 10,000 estudiantes, cifra que algunos especialistas en educación superior consideran como el límite ideal en matrícula de una Universidad, para no perder el ambiente de convivencia personal o de relaciones interpersonales que debe existir en toda buena academia.

No se ubica el Recinto en una gran urbe sino más bien en una ciudad que aún conserva su fisonomía, y la disposición topográfica del Recinto mantiene las zonas verdes, de jardín, que invitan al trabajo apacible. Se destaca como una personalidad material, como un carácter, en el conjunto arquitectónico que distingue a la institución. No se acumula aquí una balumba de construcciones sino que surge en el paisaje una Universidad en ordenado crecimiento. Y confío en que el buen gusto arquitectónico evite que el cemento se trague este ambiente claustral. Desde la loma de la Experimental estaré ojo avizor para que esto no suceda. Porque hay un ecosistema universitario que aquí a todo trance tenemos que conservar y mejorar.

Otra clave acaso la provea el equilibrio en las disciplinas, la multiplicación de ofertas académicas que aquí balancea el impulso tecnológico con la meditación humanística y el estudio social. Se han encontrado aquí las dos sociedades de que hablaba C. P. Snow -- la

científica y la humanística -- y me consta que no han faltado chispazos. Pero no hay ni enfrentamiento ni polarización. Existe discrepancia académica, pero no barullo académico. Después de todo, en el crecer de esta institución, se han codeado ingenieros con agrónomos, científicos con poetas, hombres de empresa industrial con hombres de laboratorio. Y esto ha tenido su efecto en el elemento estudiantil que, en sus distintas promociones, ha aprendido no sólo cálculo o física bioquímica, o astronomía o literatura comparada o biología marina. Ha aprendido que señoreándose sobre todo esto se halla el espíritu del antiguo Colegio, matriz de este crecimiento, piedra angular de esta tradición. Y es que, a la postre, en la raíz de todo este análisis, encuentro como eje central, el amor a este antiguo Colegio, el afecto por una tradición y por los hombres como Don Luis Stefani que la hicieron día a día con fervor y dedicación ejemplares.



Si me he detenido en este reconocimiento, créanme que no lo hago por mera cortesía. En los últimos años he visto desaparecer en otras partes las maneras, los estilos universitarios. Se piensa que innovamos, que somos modernos y no arcaicos, que estamos en la onda de la moda, cuando nos referimos con desdén y desparpajo a todo lo que nos rodea, cuando convertimos el irrespeto en forma usual de comportamiento, cuando usamos la palabra soez y ofensiva contra quien no piensa como nosotros, cuando vulneramos el derecho que toda persona tiene a que se le trate con un mínimo de decoro.

Si algo, como Presidente de esta Universidad, conturba mi espíritu, es ese río de quejas que me llegan de estudiantes, profesores y administradores que se sienten vejados en sus personas en un clima universitario que por autonomasia debía tener como primer principio el respeto al trato humano y el respeto a la palabra.

La Universidad si es saber, es también calidad y estilo. Una idea que chorree vituperios no es una idea limpia y eficaz. Cuando penetra en el mundo académico, se constituye en un disolvente de su razón de ser. El pensamiento universitario no tiene por qué expresarse en ñoñerías. Si tiene que negar, niegue. Si tiene

que polemizar, polemice. Pero si quiere ser pensamiento universitario y no expresión de alboroto callejero, que respete.

La cátedra no es para la chabacanería, la grosería y el mal gusto. Hay funciones que llevan adscritas sus formas de expresión. La función universitaria requiere una peculiar forma de comportamiento y de expresión. Cuando esa forma se evapora, cuando no hay civilidad en el trato, peligra la Universidad.

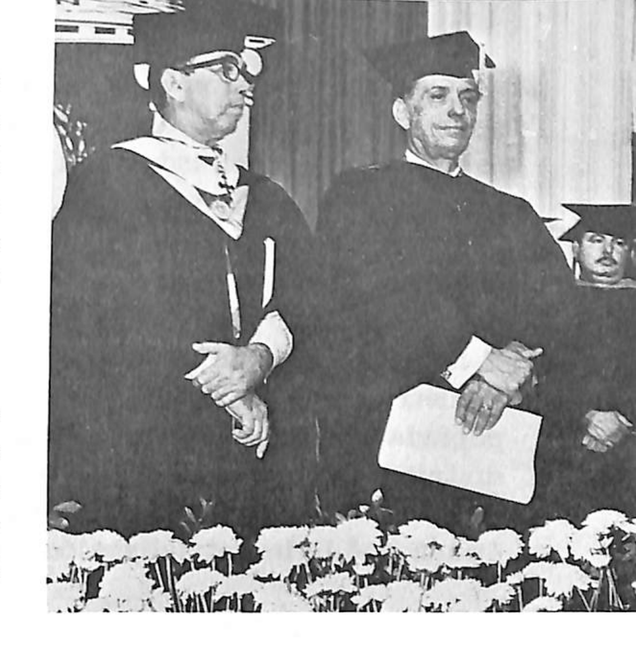
Por eso, creo en conservar ritos en los que se afirme el estilo universitario aunque para algunos parezca cosa de antiguallas. Por eso estimo en tanto la invitación que ustedes hoy me han hecho para que les hable en esta colación de grados. Yo sé que estas ceremonias académicas en Mayagüez no obedecen a una simple diplomanía. Por eso, me uno a los buenos padrinos que vienen esta noche a testimoniar su afecto al Recinto. Yo sé que para ustedes hay algo más en estos ejercicios que dar apretones de manos y repartir papeles y andar nosotros con vistosas y exóticas batolas.

El Colegio es el estilo, y el estilo es el Colegio. El Colegio es un ambiente físico y psicológico, una tradición y un recuerdo y una esperanza de mañana. Es algo que ha cimentado aquí a tres generaciones: una convivencia que ha hecho posible una vivencia.

Ustedes la reafirman cuando honran a hombres como a los profesores Alfred Stern y José Luis Martínez Picó. Honran en el primero la formación humanística; honran en el segundo, la formación científica. Pero más que eso, honran en los dos su servicio al Recinto como universitarios. Honrar al que sirvió y premiar al que avanza forman la trama de estos actos y forman la esencia de una tradición universitaria.

Las instituciones puertorriqueñas tienen que mantener sus tradiciones, porque Puerto Rico corre el peligro de convertirse en un pueblo al desgaire, con un desaliño de expresión y de espíritu. Mientras progresa la civilización industrial, progresa la incivilidad social; y resulta que ahora ambas están abocadas a una crisis de hondas y significativas proporciones.

La industrialización en Puerto Rico tiene que hallar nuevos caminos o se hunde. La civilidad puertorriqueña tiene que superar su crisis de desintegración social o hace invivible al país. Este río puede convertirse en un río tan revuelto que no habrá ganancia para ningún pescador, ni aún para los que andan embarrando paredes y tirando sus anzuelos a las aguas turbias.



Desemboco ahora en una de mis preocupaciones mayores: Hemos tenido un crecimiento económico y social tan rápido, que lo hemos aceptado como cosa natural, creando algo así como una burbujeante forma de vivir. Las ataduras sociales, las metas de solidaridad se han aflojado.

Este es un país en que todo el mundo pide para sí. Todo el mundo exige que su problema personal se resuelva. Todo el mundo anda reclamando derechos. Recibir y repartir es la orden del día. Como hay una crisis creciente en el orden económico y fiscal, se acentúan los reclamos y las exigencias, porque no podemos prescindir de nuestros agresivos hábitos de consumo. Quien dirige y administra debe ser, ante todo, un gran proveedor. Hay muchos puertorriqueños que viven como si no una vez en la historia, sino en todos los días del año, debía ocurrir la multiplicación de los panes y los peces o debían celebrarse las bodas de Caná.

Sé que varios de ustedes podrían definir mejor que yo, en términos más exactos, el fenómeno de la productividad, del rendimiento. Pero tratemos de simplificar las cosas: Puerto Rico necesita que su gente produzca. Puerto Rico necesita que su gente trabaje y rinda. Puerto Rico necesita eficiencia y dedicación en la labor, un como orgullo del trabajo cumplido y bien hecho.

¿Y porqué necesitamos esto? Lo necesitamos porque el nuevo panorama industrial de Puerto Rico no ofrece perspectivas fáciles. Hay muchos países en desarrollo, maestros ya en alicientes para el fomento industrial, y cazadores hábiles de buenos mercados. Para que la industria aquí prospere, tiene que ser competitiva, y para ser competitiva tiene que producir con eficiencia y tecnificarse cada vez mas. Y el que

no sepa de esto no sabe de economía moderna y anda por los cerros de Ubeda. O sea, que para que sobreviva nuestro régimen industrial, base de nuestra economía en un mundo competitivo, tenemos, no ya que lograr mejor dominio de las nuevas técnicas, sino poseer una vocación de trabajo como la que ha distinguido, por ejemplo, al Japón y a la Alemania Occidental. Y tenemos, además, que ver que esa nueva modalidad industrial respete los factores ecológicos en tierra tan poblada y en verdad tan escasa, y que sus frutos se distribuyan con justicia y eleven los niveles de la vida y la cultura para todos. Porque si esto no se logra, ¿para qué la industrialización?, ¿para qué la técnica?

No es tarea fácil. No la vamos a resolver exigiendo cada día más y laborando cada día menos. No la vamos a resolver con una retórica estridente. No la vamos a resolver con consignar ideológicas traídas de sistemas que el pueblo de Puerto Rico repudia. No la vamos a resolver con marchas y contramarchas. No la vamos a resolver ni con los puños en alto ni con los brazos caídos. No la vamos a realizar ni agitando ni tertuliando. La vamos a resolver trabajando.

He querido señalar estos temas en Mayagüez porque tocan muy de cerca las posibilidades del Recinto y su servicio a Puerto Rico en esta hora difícil.

Aquí hay muchas cosas que arreglar y es bueno y alentador que varios de ustedes, sin perder en lo más mínimo la compostura universitaria, insistan en superar las fallas. Pero me gustaría que ese afán de superación se enmarcara en el cuadro general que he descrito.

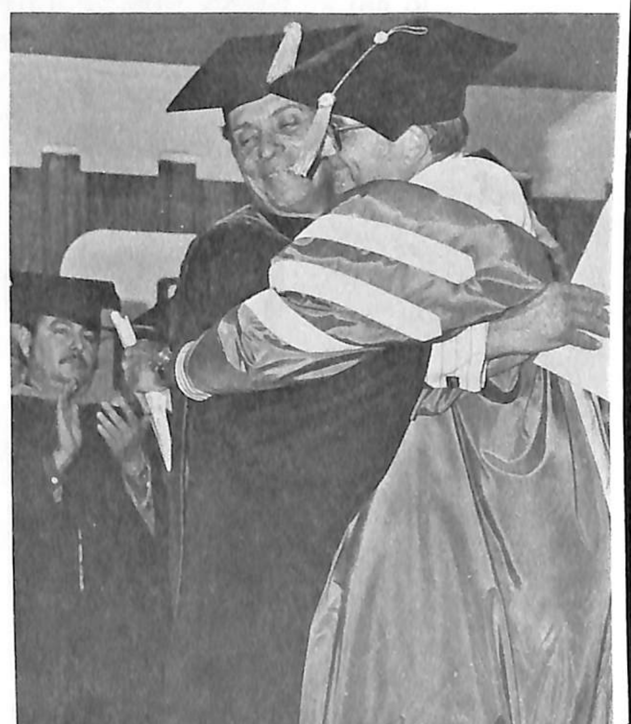
En la auto-evaluación que recientemente condujo este Recinto y que ha sido alabada por la Middle States Association, se contempló su papel no ya en función universitaria, sino en función regional y se abogó por el principio del crecimiento controlado. Se fijó como una meta esencial constituir aquí una comunidad científica y tecnológica que tuviese engarce con las preocupaciones humanísticas y sociales y sirviese eficazmente a la región.

Ese equilibrio que busca el Recinto en su introspección académica es precisamente el que necesita Puerto Rico, si no ha de caer en grave atolladero. Tenemos que impregnar al país de una mayor disposición de manejar nuevas tecnologías, tanto en la fábrica como en el agro. La era electrónica nos pone en ese camino. No hay más remedio.

Las generaciones inmediatas vivirán en un mundo de mayor complejidad tecnológica, a la par que aumentará la preocupación por la ecología humana. La exigencia de la nueva industria va a requerir aquí una Facultad de Ingeniería de primerísimo orden. La crisis alimenticia va a exigir una Facultad de Ciencias Agrícolas con los más modernos enfoques. La preocupación ambientalista va a necesitar un formidable empuje. La situación energética y nuestra peculiar ubicación en la zona tropical nos asignan un papel de primera línea en la explotación de la energía solar. De todo esto debe ser sinónimo el Recinto Universitario de Mayaguez y sus facultades tienen que afinarse y mejorarse a fin de que su influjo y difusión llegue lejos en Puerto Rico y fuera de Puerto Rico.



Lo que quiero decir es que en el Puerto Rico tecnológico e industrial del futuro, este Recinto va a desempeñar un papel clave. Pero acuérdense del problema de la insolidaridad social, del país que de tanto pedir y reclamar puede terminar en el estéril dolce far-niente, o lo que es peor, en un remolino de gritos y demandas que a todos absorba.



Mayagüez nos puede dar la visión y el dominio de la nueva técnica que se necesita, pero también una nueva ética de trabajo y comportamiento que no ha sacrificado valores vitales ni perdido de vista que el hombre es -- principio tan antiguo y tan moderno -- la medida de todas las cosas. Mayagüez, al templar la disposición tecnológica con la vocación humanística, al mantener un sentido de la tradición institucional, puede dar al puertorriqueño alterado de nuestra época una raíz y una serenidad de que hoy carece.

Jóvenes amigos, avancen ustedes ahora con esta herencia que hoy reciben. No van a cambiar el mundo en un día ni lo van a hacer perfecto. Basta con que lo hagan con esfuerzo paciente, cada hora un poco mejor, un poco más humano, más justo, más productivo.

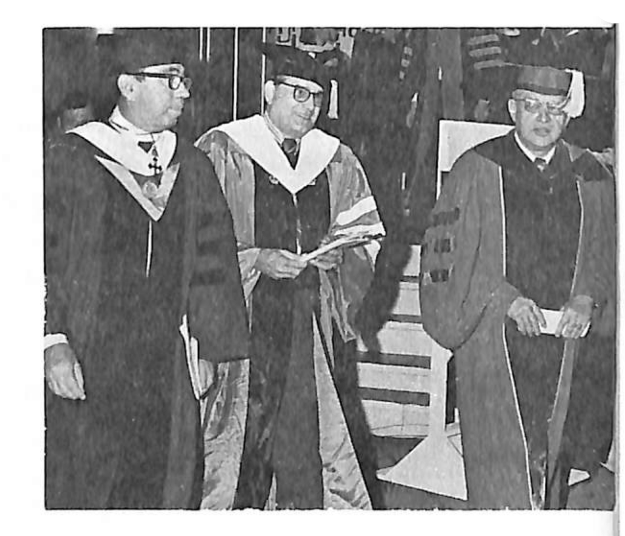
Los dejo con esta parábola que extraigo de mis lecturas humanísticas para que mediten sobre ella.

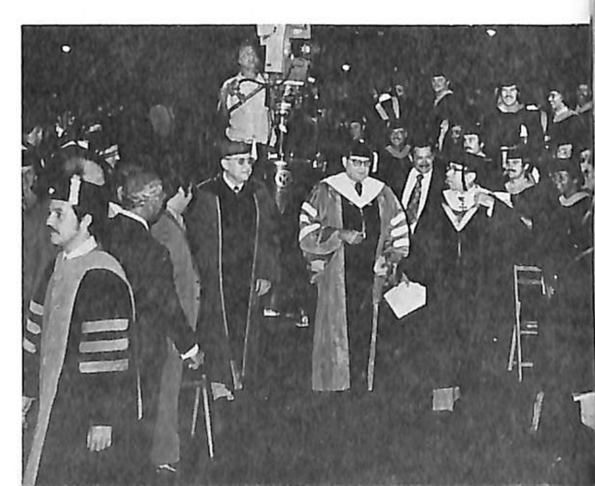
Tres segadores salen al campo al amanecer con sus guadañas a segar la cosecha de trigo. El primero, demasiado impaciente, se lanza impulsivo a la siega sin afilar la guadaña. A las dos horas, el instrumento está inservible y nuestro hombre se ha ido del campo.

El segundo, perfeccionista, se dedica el día entero a amolar y afilar la guadaña, porque no quiere que tenga una sola arista. Al caer la tarde, no ha empezado la faena.

El tercero afila su guadaña por un rato y comienza a segar. Cada hora, cuando nota que se dificulta el corte, se detiene a amolar el instrumento y vuelve a segar. Solo ese ha de completar la jornada.

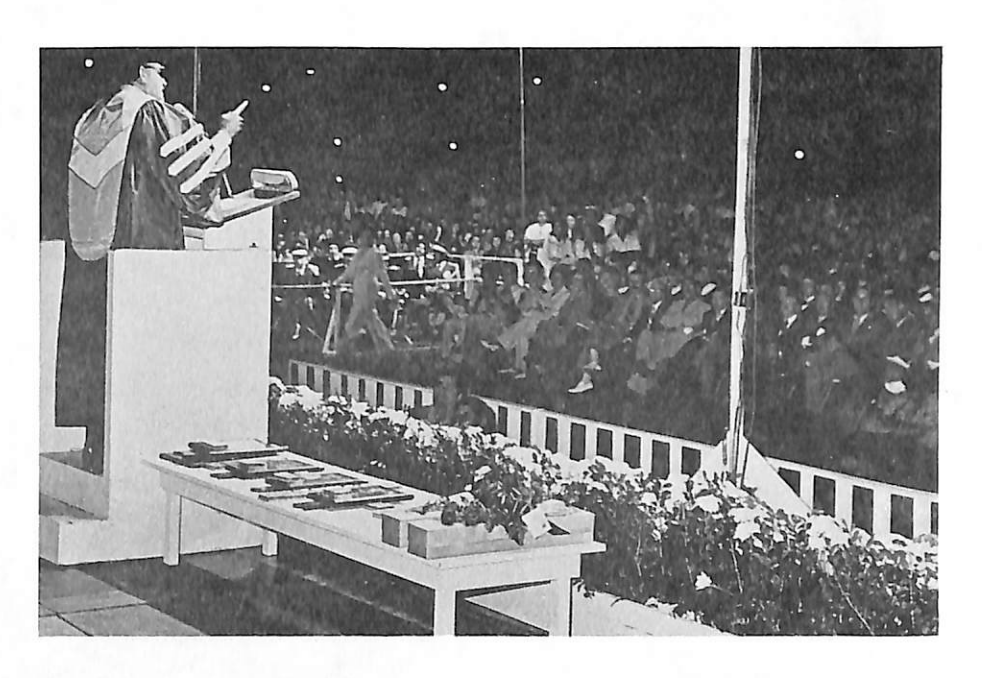
Pues bien, en manos de ustedes están los diferentes instrumentos del saber técnico y la cultura. La faena aguarda. Ni impaciencias estériles. Ni perfeccionismos teóricos. Como el tercer hombre de la parábola, a afilar el instrumento y a trabajar, y a volver a afilar y a volver a trabajar. Sólo así se corta el trigo. Sólo así se hace y rehace el país, hoy y mañana, para bien de ustedes y de sus hijos y de los hijos de sus hijos.







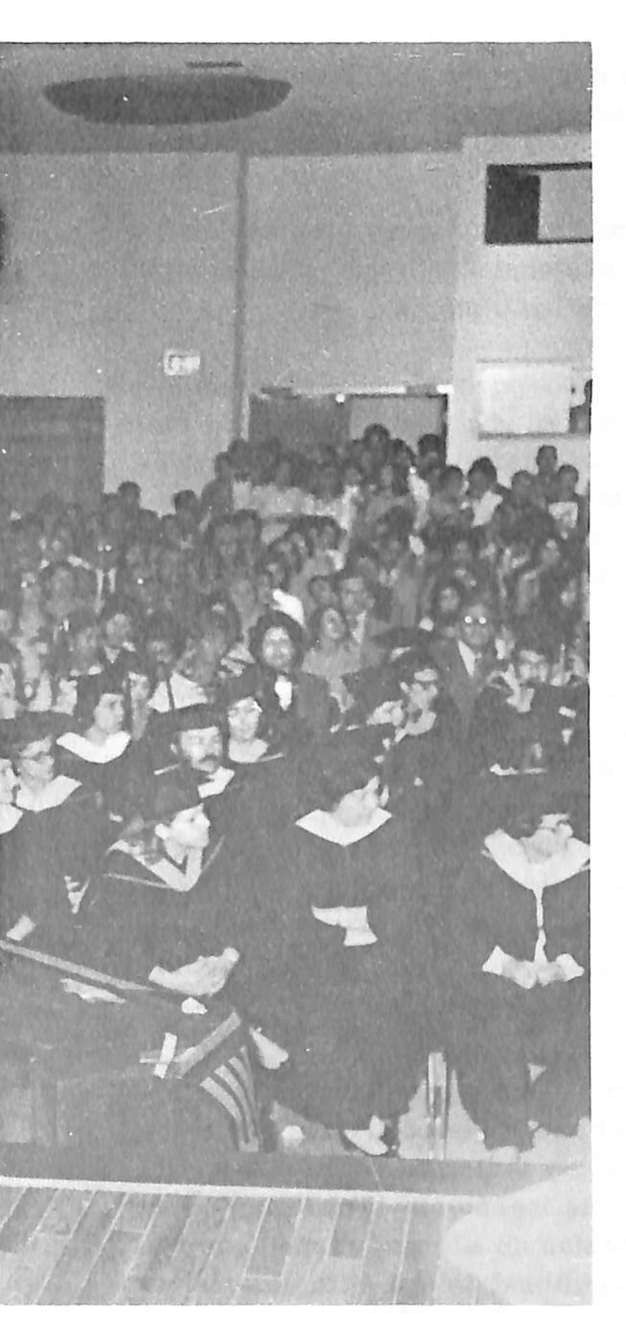








MISION DE LOS COLEGIOS REGIONALES



En la Colación de Grados del Colegio Regional de Ponce, celebrada el 7 de junio de 1974

Vayan primero mis felicitaciones a ustedes, jóvenes graduandos, la clase más numerosa que ha terminado sus estudios en el Colegio Regional de Ponce. La variedad de grados señala la pluralidad de intereses que les anima. Alrededor de 150 de ustedes han terminado dos años de las carreras clásicas en artes y ciencias; y 100 han optado por carreras cortas, de preparación técnica, que les capacitan para ingresar inmediatamente en el mundo del trabajo.

En cuatro años, el Colegio Regional de Ponce ha dado esta buena cosecha, y ya planifica una adecuada expansión de sus instalaciones. Como en otras partes de Puerto Rico, se afianza aquí la fe en la enseñanza superior y crece la presión para que se multipliquen los ofrecimientos y aumente la matrícula.

El deseo de poseer un título universitario ha sido una pasión en el Puerto Rico moderno. Se ha visto como el sésamo que abre la puerta hacia el éxito profesional, y como acicate para el mejoramiento económico o la movilidad social. Detrás de los egresados de nuestro sistema universitario, que suman más de 100,000, hay una larga historia de esfuerzos, privaciones y esperanzas de la generación mayor, empeñada en dotar a sus hijos de las oportunidades de que muchos de ellos carecieron.

Por la ilusión de ver al hijo con sus primeros diplomas y luego con su título universitario, no se han escatimado sacrificios. Por eso, toda graduación o colación de grados es, además de fiesta escolar, una fiesta de familia. De ahí que haya tanto interés en nuestra tierra por la vida y funcionamiento de sus colegios y universidades y tanta zozobra cuando se ve que sobre las instituciones de enseñanza superior se ciernen nubes tormentosas. Por eso se impone tanta responsabilidad sobre nosotros, los timoneles de estas naves.

Conoce mal a Puerto Rico quien cree que estos ejercicios son pueriles embelequerías o que ya es tiempo de que nos olvidemos de los diplomas.

La gente ama estos ritos porque busca para sus hijos el reconocimiento, y el reconocimiento es un resorte profundo, una necesidad vital, de todo ser humano. En una sociedad tan fluida, tan sujeta a rápido cambio, a veces tan desarraigada y desgarrada como la nuestra, las formas de reconocimiento nos proveen de cierta seguridad íntima. Hemos terminado una labor, tenemos ahora una categoría, se nos reconoce un diploma o grado. Pertenecemos a un grupo, a un gremio, a una profesión. Comenzamos a entender que la vida, más que un flotar, es un hacer, y más que un hacer, es un pertenecer. No vamos a marchar por la vida a la deriva, sino que ahora tenemos una meta, una finalidad. Y esa meta, esa finalidad, está inmersa en el mundo de las profesiones, las técnicas y las destrezas para el cual nos prepara nuestro paso por las instituciones de enseñanza post-secundaria.

En épocas menos complicadas, en las que la enseñanza superior era privilegio de pocos, las profesiones eran también pocas y tenían ya rango clásico: la abogacía, la medicina, la ingeniería, la pedagogía. Las artes liberales constituían un adorno, un modo de redondear la formación cultural de una élite de sensibilidad o pensamiento.

Hoy estamos ante un mundo distinto, un mundo denso y problemático, cada vez más exigente y complejo y cada vez más competitivo. Y estamos ante una sociedad que reclama una multiplicidad de pericias y es-

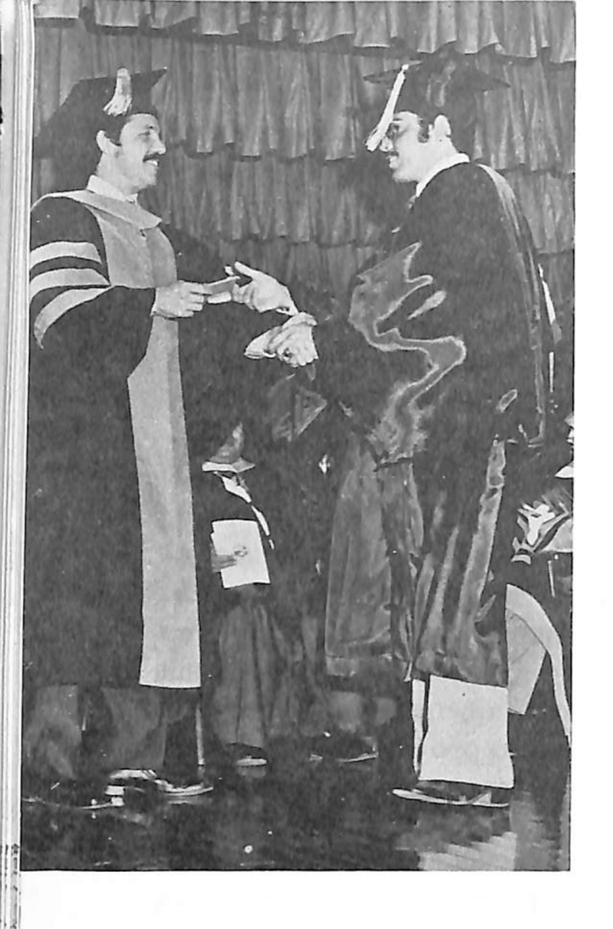
pecializaciones, orientadas en buena parte hacia los servicios sociales o las demandas de productividad de un sistema industrial.

Las universidades han tenido que reconocer esas presiones circundantes y modificar los planes de estudio para acoplarse a las inmediatas necesidades sociales. De ahí la idea de las carreras cortas y estos nuevos grados asociados que ahora otorgamos a los que han cumplido con los requerimientos de los nuevos programas de estudio.

Tengo para mí --y así lo afirmo con toda franqueza-- que aún no se entiende bien en Puerto Rico lo que representa el nuevo experimento de los Colegios Regionales. Para muchos representan sólo como una etapa inicial en la evolución de una institución que terminará con el rango de recinto proyectando sus programas a cuatro años. Este error de óptica ha hecho que se estimen los cursos de traslado como los cursos fundamentales, los que preparan para el viaje a Río Piedras o Mayaguez o para el crecimiento ulterior del Colegio, cuando en realidad lo novedoso de los Colegios Regionales son sus cursos para-profesionales, sus grados asociados en carreras cortas.

Dios me libre de disminuir o desmerecer el esfuerzo de aquellos de ustedes que ya se preparan para el viaje hacia los recintos mayores. Dios me libre de descartar el valor de la formación humanística o científica que han recibido. Pero sí creo importante señalar que no es menor el esfuerzo que representa un grado asociado en las carreras cortas y que ya es tiempo de que les demos el debido reconocimiento y que entendamos su valor y utilidad en el Puerto Rico de hoy.

No nos podemos dar el lujo de multiplicar recintos universitarios, entre otras cosas, porque no tenemos los medios económicos necesarios. La Universidad, precisamente en estos momentos, se enfrenta a una grave crisis fiscal. No debemos pensar que sólo la categoría de recintos nos da pleno prestigio. No debemos tampoco pensar que sólo las profesiones clásicas o los tradicionales bachilleratos forman hoy los estudios post-secundarios.



La realidad es que necesitamos buenos colegios de dos años que incrementen la preparación tecnológica y que doten a sus egresados de unas pericias y una formación que les permita, además de ganarse la vida, cultivar un saber que puede más tarde conducirlos al terreno de las altas especialidades. El mundo de la tecnología es un mundo de etapas muy diversas. Hay necesidad de técnicos en diversos niveles que formen constelaciones de trabajo con los especialistas. Unos irán al sector de los servicios sociales, por ejemplo, entre ustedes, los de terapia física y ocupacional. Otros irán al sector de la producción: los delineantes y los técnicos de ingeniería civil y ese grupo numeroso que sale preparado en las ciencias computadoras. Otros engrosarán las filas del comercio.

Puerto Rico ha ingresado en el mundo de la industrialización y, por tanto, ha ingresado en el mundo de la tecnología. La demanda de técnicos en las carreras medias es demanda creciente, y para ello tenemos que multiplicar los ofrecimientos en los Colegios Regionales y acentuar su perfil tecnológico. No se trata de preparar, como afirma una propaganda tan irreal como malévola, tuercas para la explotación industrial.

Puerto Rico no sólo necesita tener la industria, sino tener su industria; esto es, tener sus hombres y mujeres capacitados para todos los aspectos de la estructura industrial, de modo que tenga cada vez que depender menos de técnicos foráneos. En última instancia, la industria no es sólo cosa de capital y máquinas; es cosa de pericia y habilidad humanas. De igual modo, debe tener Puerto Rico su gente preparada para las múltiples ocupaciones del comercio. Los grados asociados no deben ser un puñado; deben ser una legión, y corresponde a todos --a los universitarios, al gobierno, a la industria y a las comunidades-- otorgarles el reconocimiento que merecen.

En una zona de rápida expansión de la industria como ocurre en Ponce, la función de este Colegio Regional puede ser fundamental si se mantiene alerta a los requerimientos sociales y prepara sus egresados para que sean actores y no brazos caídos en el desarrollo de toda esta costa sur. No debe diluir sus esfuerzos en el empeño de alcanzar a Río Piedras o



Mayaguez. Debe dar su nota original y creadora, ciñéndose a una tarea que exige buenos cultivadores en la Isla.

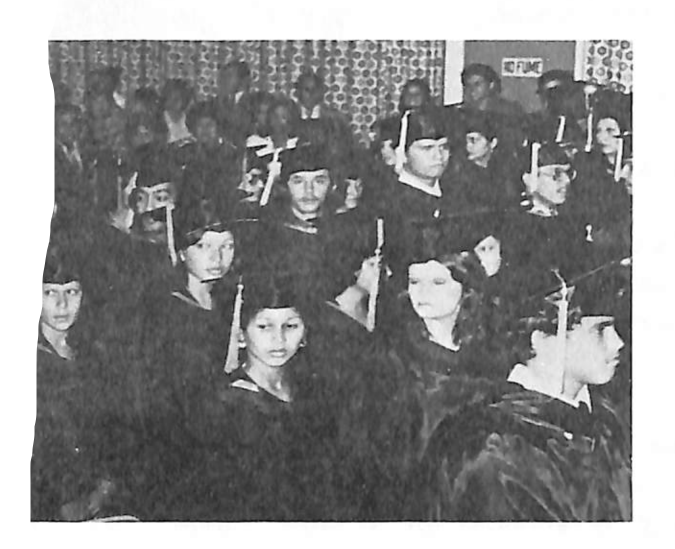
Por otro lado, es menester que el Colegio no pierda de vista que en los dos años en que recibe y atiende sus estudiantes, debe crear en ellos una sensibilidad y una actitud auténticamente universitarias: una pasión por el estudio; un uso racional y crítico de la inteligencia; un sentido de la responsabilidad social de todo conocimiento.

Ningún grado pone fin a nuevos avances. Estudiar y educarse son tareas de toda una vida. El diploma es un reconocimiento, no un fetiche. Es un jalón en el camino, no el final del camino. De igual modo que creamos los Colegios Regionales y les asignamos una fundamental misión, así también tenemos que agilizar y ampliar los accesos al conocimiento, de modo que aquellos con profunda vocación puedan encontrar modos de enriquecer sus conocimientos sin seguir los rígidos cánones de la enseñanza formal y puedan retomar la ruta de los altos estudios, a la par que contribuyen con su brazo e inteligencia al quehacer puertorriqueño.

Los de ustedes que van camino de los grandes recintos tendrán una oportunidad de intensificar su preparación profesional y de ahondar en las disciplinas formativas de las ciencias del hombre y la naturaleza y de la preocupación humanística. Hay que buscar nuevas maneras de que esa búsqueda de saber no termine --como esta ocurriendo en tantos casos-- en la posesión de un bachillerato de prestigio social, pero de escasa oportunidad de trabajo. Hay que evitar que se incremente un proletariado universitario, un ejército, no de brazos caídos, sino de mentes inactivas y, por ende, frustradas.

El cultivo del arte puro, o de la investigación pura o de la ciencia pura no ha sido nunca asunto de masas. Por más reconocimiento que debemos otorgarle, por más estímulos que conviene ofrecerle, no hay sencillamente oportunidad de crear numerosas oportunidades. Hay que buscar modos de equilibrar los conocimientos teóricos, los conocimientos formativos, con el estudio de disciplinas que permiten más rápida participación en la atención a las necesidades inmediatas.

No se trata de abandonar vocaciones humanísticas o preocupaciones sociológicas como pretenden algunos. Se trata de complementar este tipo de formación con una adquisición de pericias que haga posible llevar al mundo del trabajo, en forma más efectiva, la preparación superior que se posee.

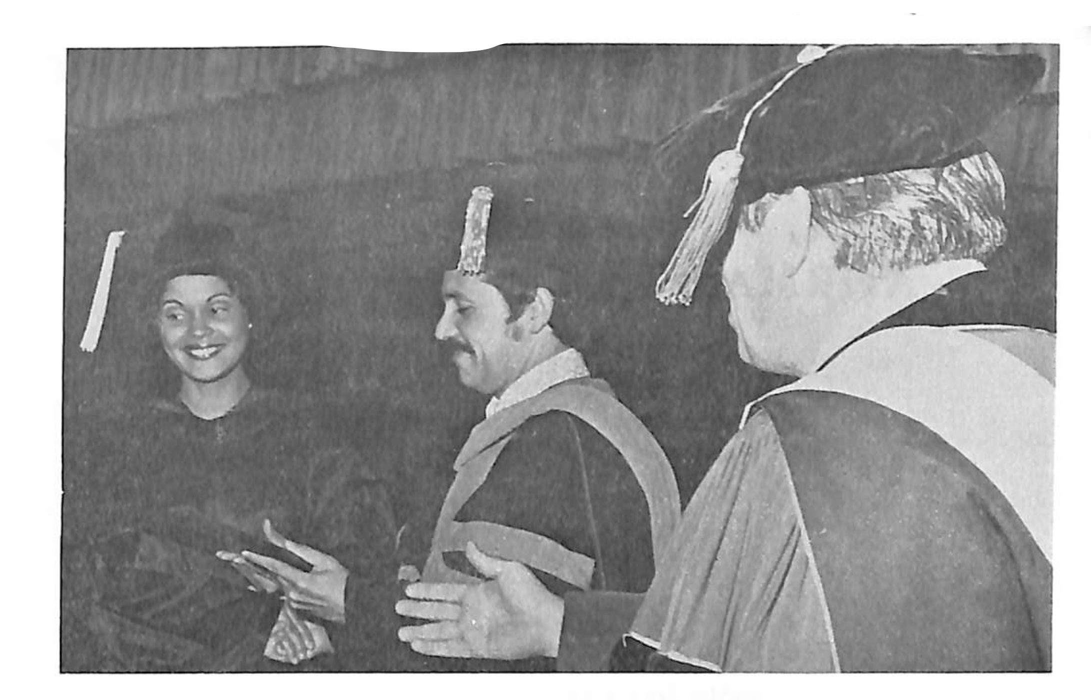


Nada de esto es fácil en la vida universitaria de hoy. Agitadas por corrientes diversas, por grupos celosos de imponer sus programas y consignas, las Universidades se ven también sometidas a grandes presiones externas. Unos quieren que las universidades y los colegios sean centros de agitación para determinadas ideologías; otros quieren que sean fábricas de diplomas.

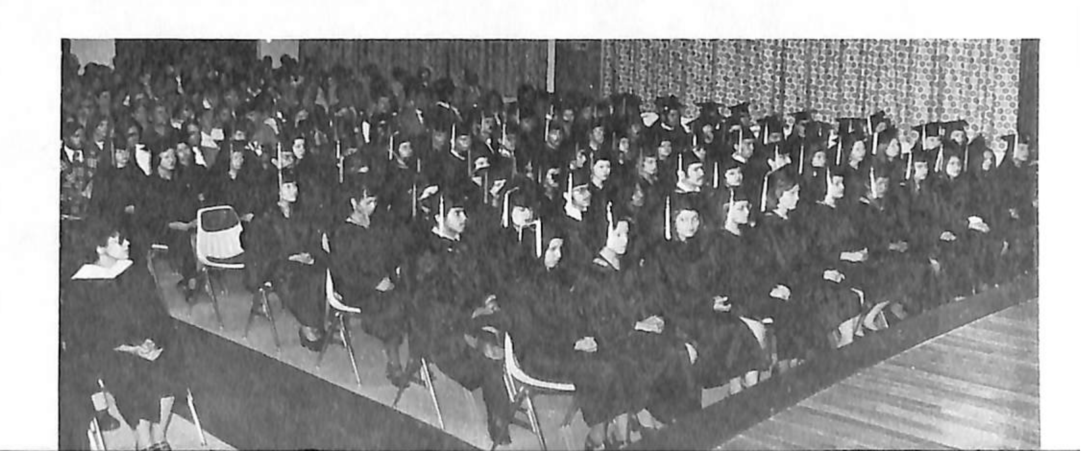
Ni lo uno ni lo otro. Nuestra voz se levantará cuantas veces sea necesario para defender a la Universidad contra los ataques internos, a veces solapados, a veces visibles en toda su crudeza. Y se levantará también en defensa de una formación que salve al alumno de ser tuerca de nada y le permita asomarse a las grandes creaciones del pensamiento y la cultura y buscar en un mundo tan agitado, su propia identidad, su camino propio, su propia razón de ser.

Este es nuestro compromiso con esta juventud puertorriqueña, compromiso que vamos a cumplir cara al viento, con la convicción de que este no es un momento de amamantar a nadie, ni de jugar a la retórica innovacionista, sino de ayudar a crear un estilo universitario, serio y responsable, que sirva al país y merezca el respeto de todos.





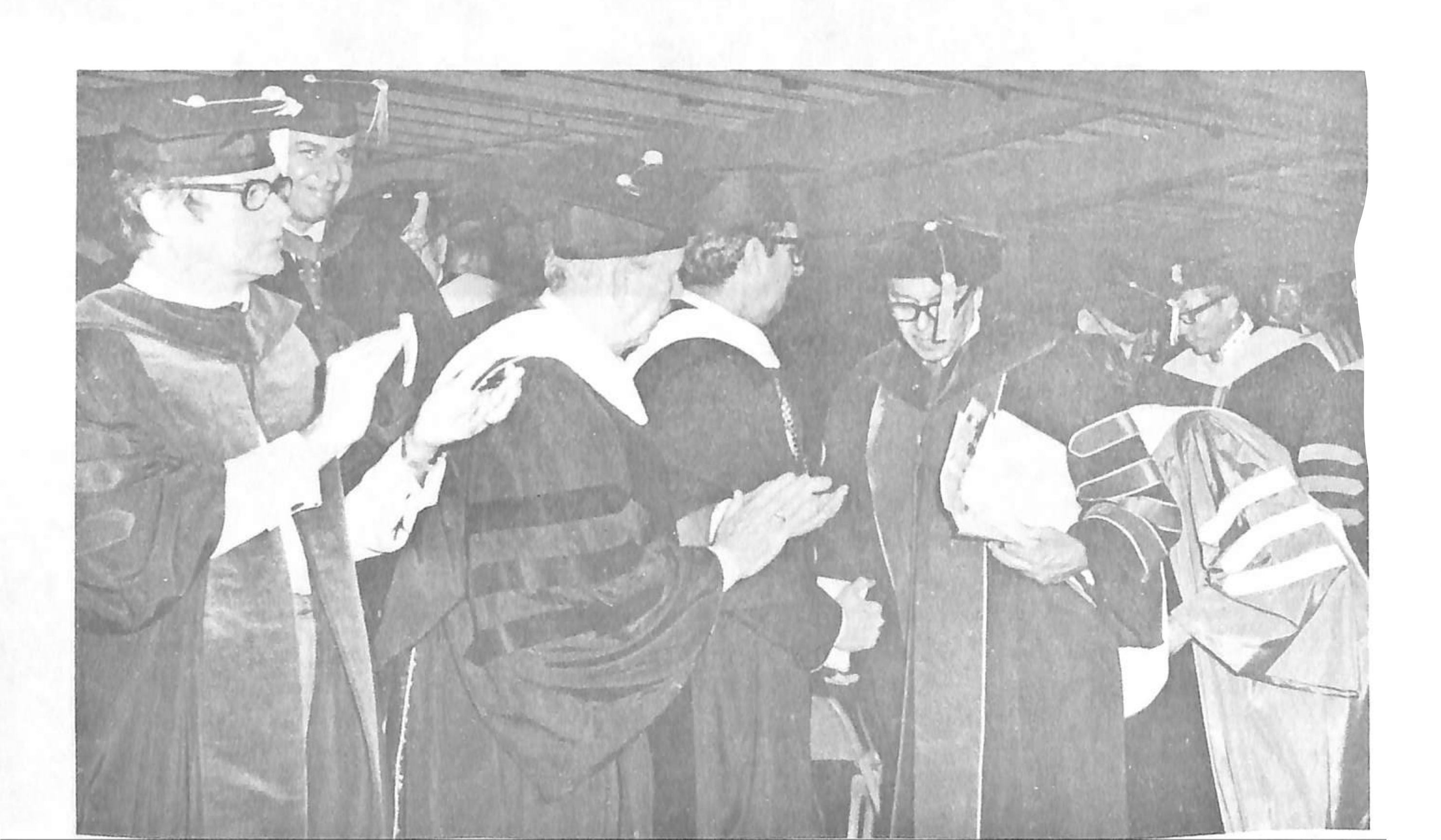


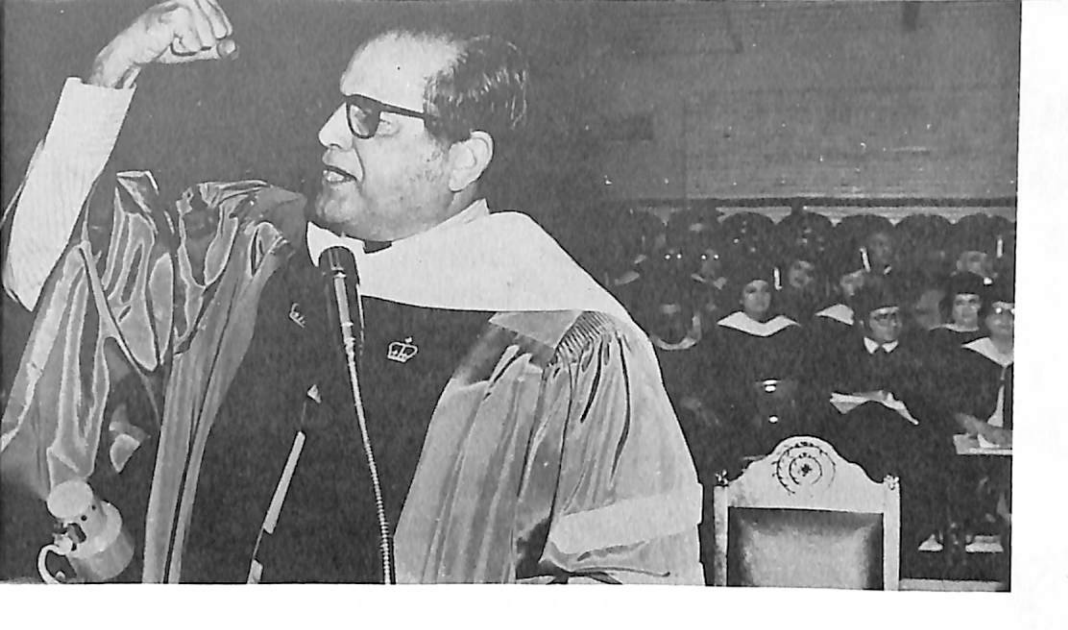


AFIRMACION DE LA UNIVERSIDAD LIBERAL

En la Colación de Grados del Recinto Universitario de Río Piedras celebrada el 16 de mayo de 1974

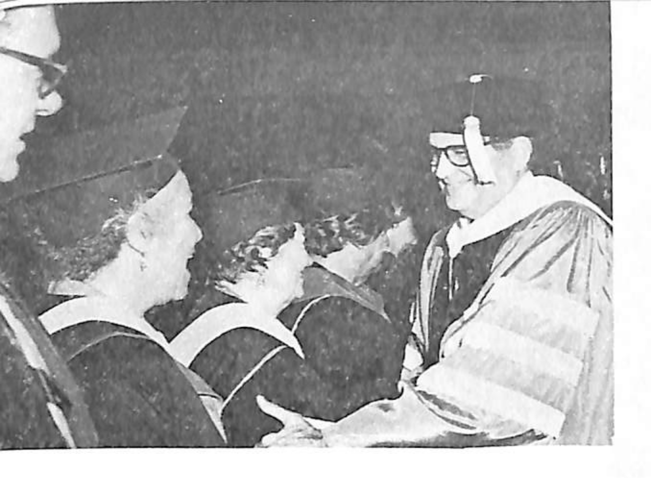
Breve será hoy mi mensaje a ustedes, jóvenes graduandos, y a los miembros de la comunidad universitaria y del pueblo de Puerto Rico que nos acompañan en este día de rica cosecha.





En los momentos que asumí la Presidencia, había graves dudas dentro y fuera de la Universidad de que este Recinto pudiera normalizar sus trabajos y terminar el año académico. Se esperaban más motines a bordo y la pérdida del viaje. Algunos creían que la nave iba a zozobrar. Pero aquí estamos a pesar de todas las tormentas; aquí estamos a pesar de los que querían detener el rumbo; aquí estamos para dar fin honrosamente a nuestras tareas académicas. Y no nos arredraron entonces ni nos arredran ahora los intentos y amenazas de paralizar la institución, de convertirla en centro de disturbios incesantes, o de violentar su tradición con formas de comportamiento incivil, reñidas con las más elementales normas de respeto y de decoro.



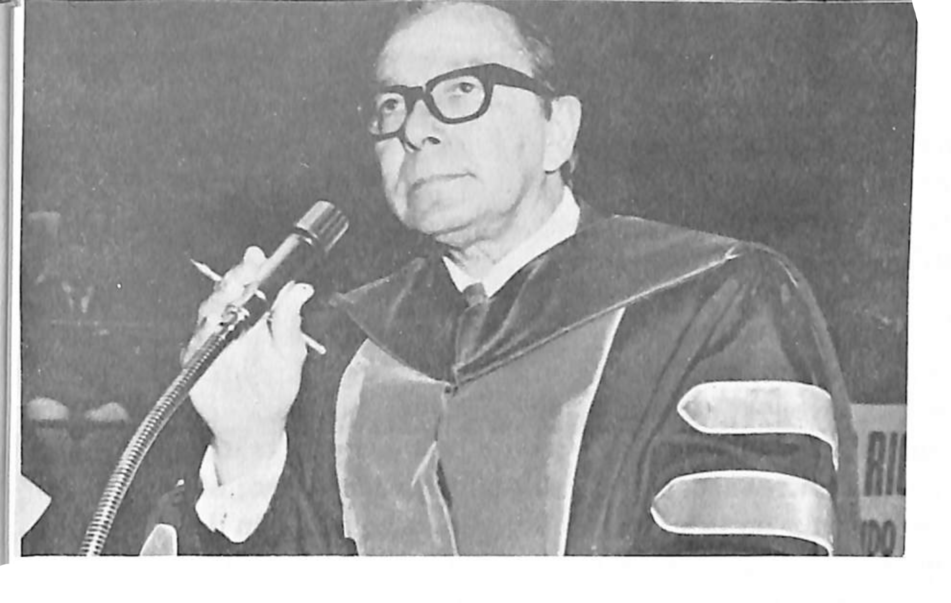




Esta Universidad es una universidad liberal y pluralista, como debe ser toda universidad en una sociedad democrática. Su compromiso es con la tolerancia hacia todas las ideas y con el disentir respetuoso. Su compromiso no es ni con el alboroto, ni con el escándalo, ni con la tiranía de los muchos sobre los pocos, ni con la tiranía de los pocos sobre los muchos.

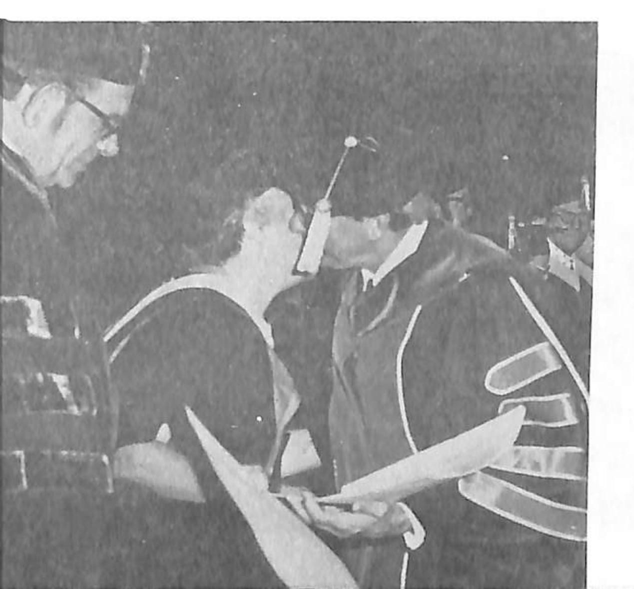
Es, sí, en la Universidad liberal, pluralista y democrática, y no en la Universidad de los totalitarismos de izquierda o de derecha, que existe la libertad de expresión. Es en la Universidad liberal y no en la Universidad fascista o marxista que ha nacido y se ha afirmado el concepto de la libertad de cátedra. Es en la Universidad liberal, tan desdeñada, tan manejada y usada por los enemigos de la democracia, que se puede hablar de los derechos civiles. Ni la libertad académica ni los derechos civiles han surgido de las sociedades totalitarias que imponen patrones rígidos, grises y absolutistas a la vida académica. Las libertades fundamentales que forman la esencia de la auténtica universidad se dan en las sociedades democráticas como la nuestra. Y esto hay que decirlo y esto hay que afirmarlo con vigor y convicción, pues con todas sus imperfecciones y fallas vale más una universidad así en la conciencia de todo hombre libre que una universidad entregada al sectarismo dominante y dogmático de una sola ideología.

La defensa de la Universidad --de esta Universidad, de cualquier Universidad en cualquier tiempo o lugar-- radica en última instancia en la concepción que tenemos de la sociedad y el hombre. Si creemos que una sola doctrina debe prevalecer y que no hay lugar para ninguna otra interpretación crearemos un tipo de universidad inflexible e intolerante en la que no hay más posibilidad de verdad que la nuestra y todo disidente debe ser intimidado o acallado a la brava. Para el que no sea feligrés sumiso de este culto sólo habrá improperios, intimidación, amenazas y agresiones físicas.



En la historia reciente de las Universidades se ha dado el fenómeno de que no es necesario que este tipo de sectarismo se adueñe del aparato de poder del Estado. Basta con que se organice un pequeño grupo agresivo para que la Universidad liberal, vulnerable por su propia esencia, se paralice o sucumba ante estas tácticas. No son las tradicionales fuerzas externas las que amenazan hoy la libertad de cátedra y la libertad de expresión, puntales indispensables de la Universidad liberal; son en particular los grupos representativos de ideologías cerradas, dogmáticas e intolerantes que minan desde adentro la libertad académica y ponen en peligro la esencia misma de la Universidad.

Toda universidad, como toda sociedad, es imperfecta, e imperfectas son nuestra Universidad y nuestra sociedad. Nadie tiene aquí la fórmula mágica para corregir errores, fallas y limitaciones. Nadie es aquí infalible y todopoderoso. Todos tenemos el deber de mejorar con nuestras críticas y nuestra buena voluntad la vida universitaria. Todos tenemos la obligación de buscar la avenencia tras nuestra discordancia, el reencuentro tras nuestro disentir, y cuando no haya coincidencia, que exista por lo menos respeto a la discrepancia. Universidad es sinónimo de civilidad y no de agresividad; es sinónimo de racionalidad y no de irracionalidad. Es sinónimo de razón crítica y no de pasión desordenada. Pero la razón crítica no puede ser razón apaciguadora y blandengue frente al tumulto, razón que se refugia en el silencio o en el asentimiento temeroso, porque entonces su debilidad la haría cómplice de las fuersas hostiles a la universidad



misma. La libertad no puede sucumbir ante la tiranía del libertinaje, tan disolvente y destructura de los derechos humanos como la tiranía de la fuerza. Y en defensa de esa libertad no nos deben ni flaquear las rodillas ni flaquear la voluntad.

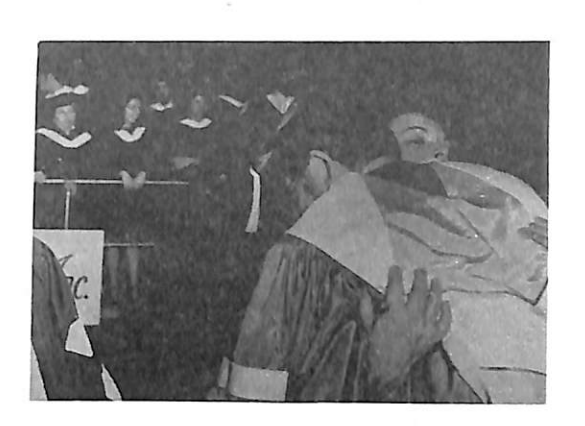
Yo invito a todos ustedes, a los graduandos de hoy y de mañana, a los profesores mayores y a los profesores jóvenes, a todos, en fin, los que constituimos la comunidad universitaria y en ella y por ella trabajamos, a un reencuentro en el diálogo respetuoso; en el uso eficaz de la razón crítica; en la ventilación de la querella, cuando ésta exista, por el camino de la ley y no de la violencia. Los invito a que aquí prevalezca el trato civil y no la injuria innecesaria.

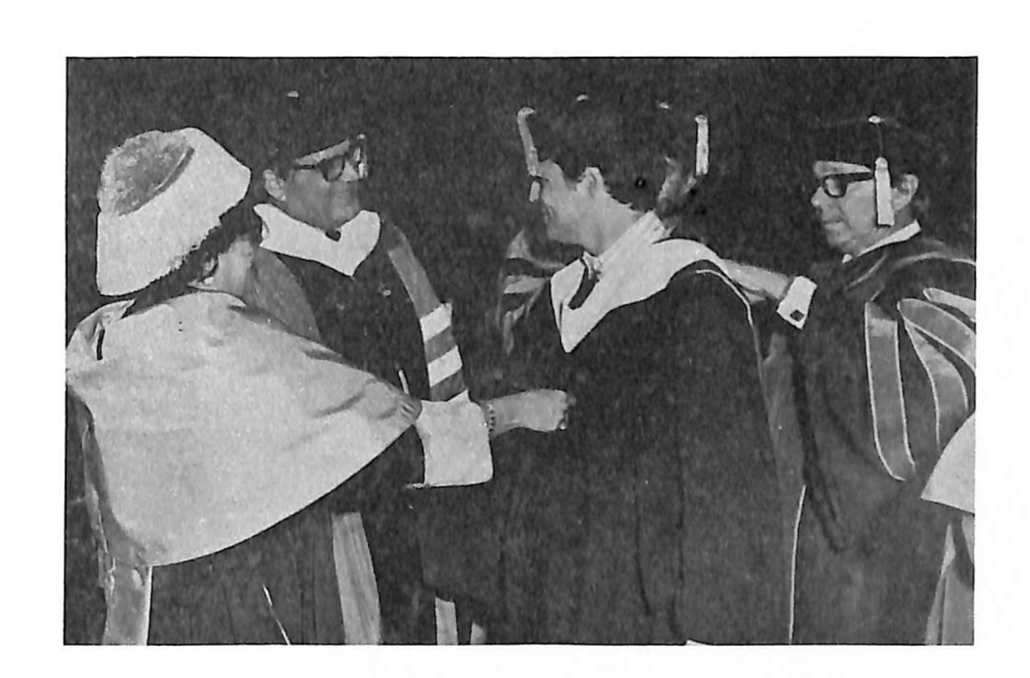


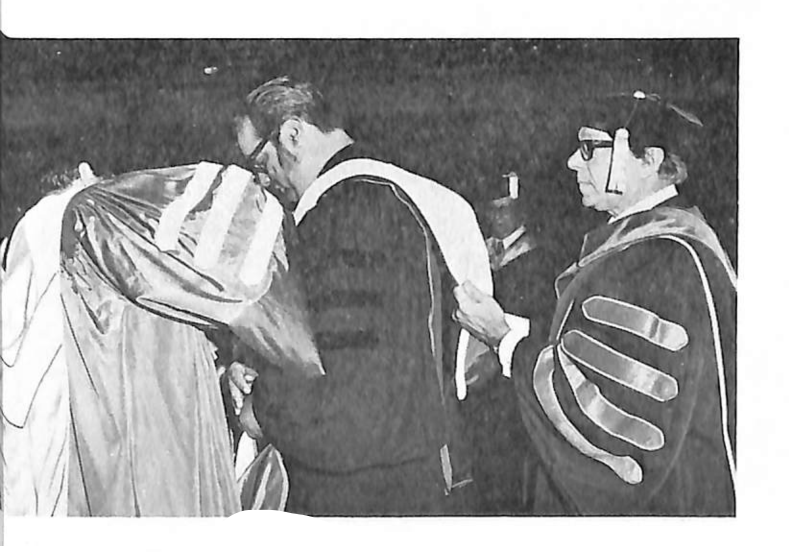
Sólo así se salvarán los valores en una universidad que el pueblo mantiene, que al servicio del pueblo se debe, y que el pueblo preocupado, observa y vigila. Porque más allá de los muros universitarios, está el pueblo de Puerto Rico que espera de nosotros pensamiento profundo y eficaz, servicio desinteresado y una conducta propia de quienes saben usar la fuerza de la razón y no la razón de la fuerza; un pueblo, en fin, que sostendrá a una universidad liberal y democrática, pero no a una universidad turbulenta y sectaria.

Y ahora, al reafirmar mi felicitación más cálida a los graduandos, los dejo con el mensaje que les ha de traer a un compañero de tareas, de honrado y franco criterio, que ha servido con honda dedicación a la Universidad y al pueblo de Puerto Rico: el Rector Ismael Rodriquez Bou.

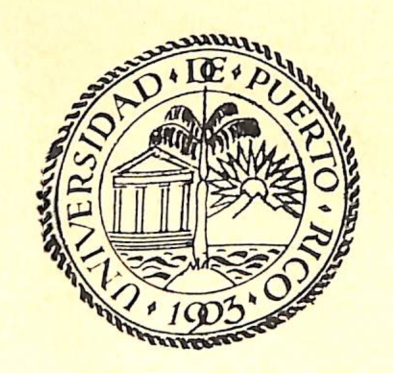












Impreso en la
Oficina de Publicaciones y Relaciones Universitarias